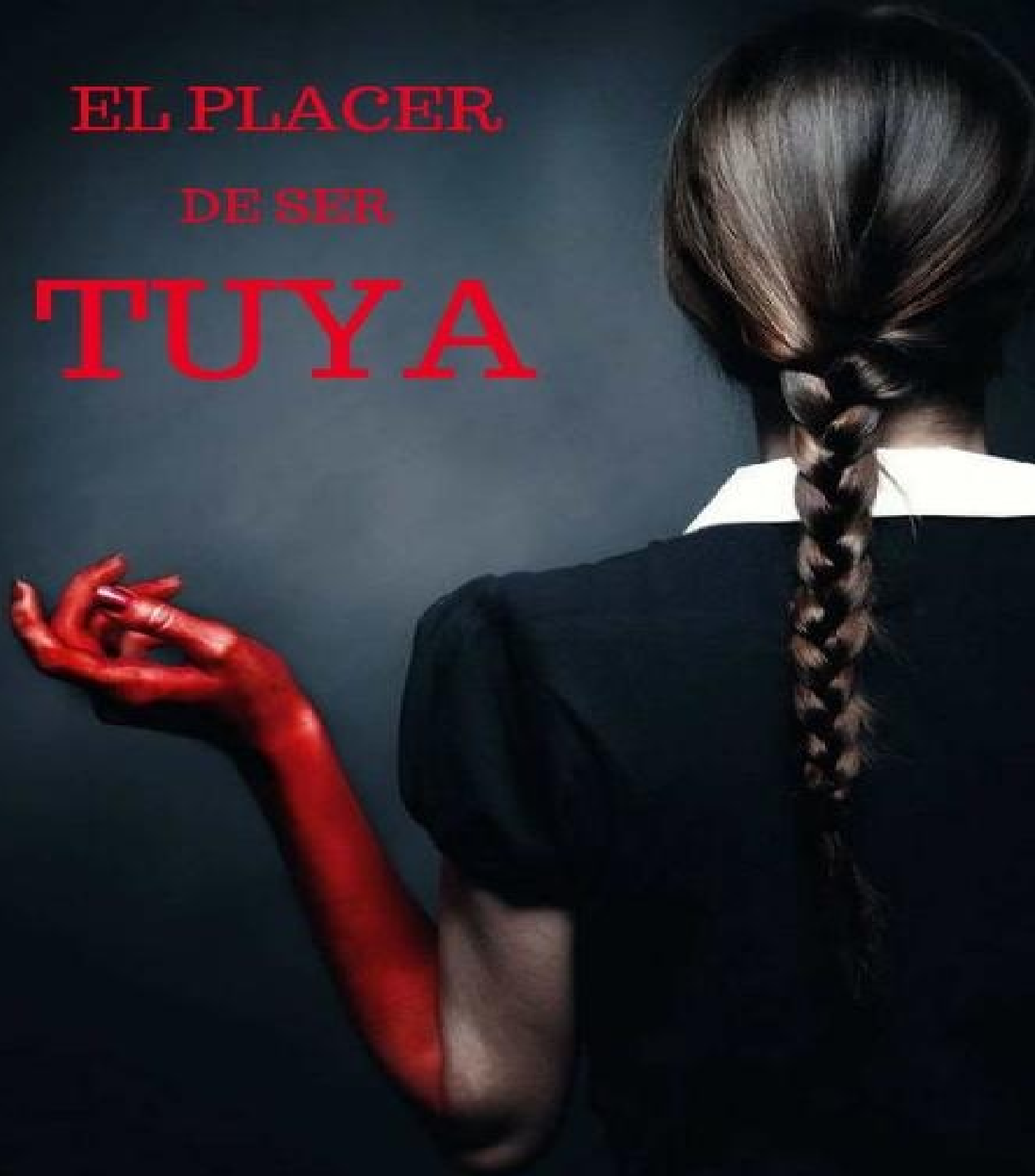


EL PLACER  
DE SER  
TUYA



NOELIA  
GARCÍA-MUÑOZ

EL PLACER DE SER TUYA  
Noelia García-Muñoz

A la Criminóloga más voraz y profesional que hay,  
A mi hermana gemela Natalia.

Gracias por existir.

## **ÍNDICE.**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[A todas ellas...](#)

© 2018 España, Noelia García-Muñoz

Editado por Diana C. Acosta para CreateSpace.  
Diseño de portada por Noelia García Muñoz.  
Maquetación y diseño interior por Diana C. Acosta.

Primera edición: enero 2018

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los personajes son ficticios, sin embargo, algunos de los lugares son reales y las situaciones que se viven en ellos son inventadas por la escritora. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo del titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## CAPÍTULO 1

Solo mi boca recibe tan bien el carmín como mi morena piel se ajusta al blanco que compone mi vestido. Termino de pintarme las uñas de los pies de rojo, hidrato mi piel, coqueteo con mi cabello hasta dejarlo finalmente en un recogido.

Oigo pronunciar mi nombre, suelto rápido el maquillaje, me miro finalmente al espejo, me veo divina. Bajo rápido por las escaleras, beso el rostro de mi madre, me disculpo por la tardanza, cojo una magdalena para comérmela por el camino.

— Tu padre ha llamado un millón de veces. Recuerda, no te pares con ningún desconocido, hija.

— Mamá, no soy de esas, confía en mí. Ningún lobo hambriento acabará conmigo.

Camino alegre, juguetona. Salgo de mi casa y me deslizo mordéndome los labios por los húmedos callejones que se interponen ante mí. Miro descarada, mientras me como la magdalena, a la gente que envidiosa se queda mirando mi corto vestido; y hasta las mujeres desean probar mis piernas.

Alzo la vista al cielo, dejo caer la sombra del sol en mis castaños ojos, los cierro y dejo entrar el cálido aire por mi nariz. Pongo un mechón de pelo detrás de mi oreja, vuelvo a

relamer mis labios y cuando paso por aquella calle color amarillo melocotón, noto la mirada de un joven sin camiseta que con la compañía de su cigarrillo, sonrío y eso hace que me detenga. Le miro, y no suelta ni una sola palabra. Aquel hombre completamente desconocido lleva observándome cada día a la misma hora, llueva o no. Nunca he hablado con él, pero noto su perfume a miel desde la esquina, desde mi primer pensamiento, pestañeo o paso.

Me alejo de su casa, de su perfume. Pero a varias manzanas de la carnicería de mi padre, siento su presencia al lado mío, ¡es él! Camina silencioso detrás de mí, sonriente olfateando mi olor. Le miro sin que se dé cuenta. Lleva una chaqueta vaquera sin camiseta debajo, tiene un cuerpo de lo más espectacular.

Me paro, el semáforo estaba en rojo. Él ya está a la altura de mis hombros, giro mi cabeza, lo miro repasando su cuerpo con mi tentadora mirada... semáforo en verde. Sigo mi camino y lo dejo atrás, pero no se da por vencido. Llego a la acera, me coge de la mano y me posa en la pared de un callejón, me besa. ¡Me besa sin permiso!, me mete su juguetona y desconocida lengua repasando mis dientes, adueñándose de mi cuerpo y se aleja captando mi aliento.

— ¿Te apetece tomar un café conmigo? — me pregunta tocando el latido de mi cabello.

— Debo de irme, mi padre me está esperando— intento huir de sus brazos, pero no lo consigo.

— Te advierto, yo siempre consigo lo que quiero.

— ¿Qué quieres de mí realmente? — pregunto con el

corazón en mi boca.

—Lo quiero todo de ti— contesta tocando suave mi pierna hasta llegar a mi sexo, se hace con él, me manosea.

Soy su presa.



## CAPÍTULO 2

Caí en sus redes, dejé que se apoderase de mi delgada mano. Me llevó hasta su cobijo, me cedió el paso. Observo toda la antigua decoración de su salón, muerdo mis labios, me toco el pelo y lo miro.

— ¿Y ahora qué? — pregunto, pero él me corta dándome un beso con fuerza, con pasión, dejándome sin aliento. Me tumba en su rojo sofá de terciopelo, me sujeta tan fuerte, abro mis ojos. Todos mis sentidos están alerta. Está encima de mí, no puedo hacerle parar, pero esta angustia me encanta. Gimo al pasar de mi miedo, acabo acariciándole, acabo pensando que yo estoy más loca que él, lunática, una guarra.

Noto como sus manos me quitan las bragas, intento hacerle parar pero su fuerza es mayor, gimo y gimo pero escondo ese terror. Joder, como me podía gustar tanto que me sometiera a ciertos juegos sexuales sin mi consentimiento.

Consiguió quitarme el vestido, vio que no llevaba sujetador y se volvió loco, me chupó las tetas, me las estrujó, me hizo daño.

    Pero temía quejarme, quería pensar que lo hacía porque me amaba. Pero eso debe de ser un error. ¡A penas lo conozco! Más bien, no lo conozco de nada. ¿Pero qué estoy haciendo? o ¿qué me está haciendo? Él no se desnuda, solo me toca. Me hace chupar un dedo suyo y me lo

mete por mi vagina. Noto como el calor me sube a las mejillas, estoy lo bastante roja, avergonzada, pero esa vergüenza me vuelve histérica. Hacerlo de esa manera con un desconocido, era un éxtasis más fuerte que cualquier otra droga. O incluso, más peligroso que matar. No exagero, no me quitaba la mirada de encima, hacerme eso le encantaba. Parecía hacerle sentir más vivo.

Siento demasiada tensión entre su mojado dedo y mi ano, pero no para, estallo y sale de mi boca esa tensión acumulada. Gimo y el sudor cae por mi frente, se acerca a mí y me muerde los labios.

— Eres la fantasía que siempre he querido tener en mis manos— me susurra sin dejar de tocar mis caderas.

— Ni siquiera sabes cómo me llamo.

— No me hace falta saber el nombre de una mujer para follármela— contesta tan frío.

— Suena tan vulgar lo que dices— digo a punto de llorar.

— ¡Quítate! No me gusta tener una mujer triste en mis manos.

— Pues, entonces estaré por siempre triste para que no me vuelvas a tocar.

— No lo consentiré, te haré feliz cada día, cada mes, cada año, cada instante que estés a mi lado. Serás mía, recuérdalo — me chilla desde el sofá mientras me largo por la puerta, desnuda a la vez que me pongo mi vestido blanco.

## CAPÍTULO 3

Cuando por fin llego a mi casa, me encierro en mi habitación. Inhalo el olor a zanahoria que decoraba mi hogar a la vez que oigo canturrear a mi madre. Me quito mi vestido, lo dejo en la esquina de mi cuarto y me tumbo desnuda en mi cama, me pongo en posición fetal y lloro, lloro mucho. Intento dejar mi mente en blanco pero no puedo, ahí sigue en mi cabeza, mirándome.

Dice que lo quiere todo de mí, tengo miedo, tengo miedo de querer más de él, de que me guste una persona como él. No entiendo lo que me pasa, lo que siento. Necesito vomitar este recuerdo, pero se ha aferrado a mi sucio cuerpo, a mi helada mirada. Trago saliva y ya no huelo ese dulce olor de mi madre cocinando mi comida favorita. Huelo mi vergüenza, huelo la sensación de querer desaparecer de este maldito planeta.

Me levanto y voy hasta la habitación de mi madre, sigo desnuda, pero no hay nadie. Me da igual. Cojo una toalla limpia y con rapidez me meto en la ducha. Hecho el pestillo, dejo caer el agua y comienzo a llorar. Pongo mi mano en mi boca y expulso todo mi dolor, un dolor confuso. Todavía sentía esas desagradables palabras salir de la boca de aquel hombre tan guapo. ¿Cómo una persona es capaz de hacer eso? No me pegó, pero me folló sin mi consentimiento. ¿Se

podría decir que me violó? ¡Eso ni hablar! Yo que me dejé y no utilicé demasiado la fuerza, porque me gustó lo que me hizo, porque gemí y porque me sentí libre por un segundo...

Me seco el pelo y salgo, veo a mi padre sentado en la mesa, noto el enfadado en su rostro pero me enfrento a lo que ahora me venía encima.

— ¿Se puede saber dónde estabas hoy? ¿Por qué demonios no has venido a trabajar?

Tímida me siento, le miro, bebo agua, trago saliva y contesto sin disimular, sin pensar una excusa y confesé.

— He estado con el vecino, con aquel hombre que tanto me mira cuando paso por su casa.

— ¿Cómo? ¡¿Con ese degenerado?! ¡Ahora mismo se va a enterar de quien soy yo! — se levanta alterado mientras sale por la puerta en busca de él.

— ¡Papa quieto! ¡No hagas tonterías! ¡A sido mi culpa!

Mi padre al escuchar aquello se para y me dice:

— ¿Te ha tocado?

— Bastante, pero solo una vez, te lo prometo.

— ¡Suéltame Candela! ¡Acabaré con él!

## CAPÍTULO 4

No pude detener a mi padre, sentía una gran necesidad de acabar con ese degenerado. Aquel degenerado que tanto me hizo sentir deseado y a la vez una mierda.

— ¡Hijo de puta! ¡Abre la puerta! — gritaba con desesperación mi padre mientras golpeaba la puerta de su casa.

Por un momento pensé que no estaba, pero el muy capullo abrió la puerta.

— ¿Desea algo?

— ¡Te voy a matar cabronazo! ¡Como vuelvas a acercarte a mi hija, te mataré! ¡Lo juro por Dios!

— No he hecho nada que a ella no le gustara— dice el muy degenerado.

— Te lo advierto, mamonazo. Aléjate de ella— dice mi padre finalmente mientras me coge de la mano y me tira de él.

Veo como me mira, sonrío, me muestra su villana sonrisa, una sonrisa diabólica. Pero no se rinde, me mira de arriba a abajo. Mi vello se pone de punta, mi piel de gallina y al recordar sus besos y sus agresivas caricias, se me riza el corazón, mis latidos se pierden por mi dichoso camino.

Casi a rastras, mi padre me encierra en mi habitación.

— Como vuelvas a ver a ese loco de mierda, te encerraré

en tu cuarto de por vida. ¿Lo has entendido Candela?

— Perfectamente, estate tranquilo.

— No lo estoy, no lo estoy Candela— dice entristecido mientras sale y cierra la puerta despacio.

Noté su fría mirada, esa mirada de decepción. ¿Qué hacía si la tentación llamó a mi puerta y en vez de mirar por la mirilla, abrí deseando encontrar a mi príncipe azul? Nadie es perfecto y menos yo. Comprobado está.

Pasa una semana... o eso creo. Me pudro cada tarde encerrada en la biblioteca estudiando o al menos intentándolo. Oigo como se ríen y disfrutan las chicas de la mesa de enfrente, cuchicheando sobre sus novios o amantes. Pongo los ojos en blanco, en ese momento no deseaba oír ni hablar nada sobre hombres, debía olvidar a ese hombre pero al cerrar los ojos, ahí estaba. Quitándome las bragas.

Noto una sombra en mi libro de anatomía, pienso rápido quien podría ser, giro mi cabeza pero falsa alarma, no era él. Era un tipo gordito que solo me preguntaba que si podía sentarse al lado mío. Asiento con la cabeza, pasa un minuto y siento como su mirada atosigaba mi escote. Acto seguido, oigo su inhalación. Capta todo mi olor en tan poco tiempo, mi mirada a poca distancia lo observa pensativa. Ese día llevaba una camiseta de lo más escotada y veraniega.

Cierro mi libro, me levanto y sin decir ni una sola palabra como despedida me voy, se queda observándome pero me da igual. Me dirijo hacia la cafetería que hace esquina, me pido un café con leche condensada, pero nada para comer. El estudio a veces me quita las ganas de comer.

Poso mis manos en mi cabeza, estoy ardiendo y esta vez no sexualmente. Tengo fiebre, mucha. Deslizo mi dedo por mis cejas para perfeccionarlas. Traen mi café, una sonrisa sale de mí inconscientemente. Cojo la fría cucharilla, echo azúcar y posando mi pierna derecha encima de la otra, me quedo hipnotizada moviendo el café.

Quiero creerme, a la vez que bebo mi café, que nunca más dejaré que ese hombre vuelva a tocarme. ¡Dios santo, quiero creérmelo! Espero olvidar todas esas sensaciones que me hizo sentir aquel cerdo. Es un sentimiento de odio y amor por un gran desconocido al que toda mi familia odia y al que mi vagina tiene en un pedestal. Alzo mi cansada mirada hacia la abierta ventana que dejaba pasar el aire que despeina mi melena. No sé cómo, pero mis ojos cubrieron la imagen de mi vecino sentado a pocos metros de mí, me guiña un ojo pero sigue bebiendo de su taza. ¿Cómo hará para captar siempre toda mi atención?

## CAPÍTULO 5

Hoy mi boca sonrío, no sé el motivo de mi felicidad y no quiero saberlo. No quiero romper la magia que aviva hoy en mí.

Hoy me tocaba estar en la tienda de vestidos de novia de mi tía. Cosía y metía el bajo de los vestidos a la vez que le decía a la clienta lo preciosa que estaba con el vestido elegido. Seguía cada orden que recibía de mi tía. Asentía, cuando veo entrar a Katie, unas de mis mejores amigas desde mi infancia.

— ¡Gitana! — la oigo decir en voz alta a la condenada.

Primero me sonrojo, soy de nuevo el centro de atención, luego me acerco y le doy dos besos. Ella me da un fuerte abrazo. La recibo con los brazos abiertos.

— ¿Qué haces aquí?

— Pues, ¿qué voy hacer aquí? He venido a verte chiquilla, no sé nada de ti. ¿Cómo te va? Bueno, luego me lo cuentas. Simón organiza las fiestas de las fiestas— me dice levantando una ceja mientras se apoya en el mostrador evitando que mi madre le viese la cara de viciosilla que ponía siempre.

— No puedo ir.

— Candela... sé que te mueres por salir de tu casa, te conozco. Te conozco lo suficiente como para saber que deseas comerte un nabo así de grande— dijo indicando con sus manos el tamaño del nabo que supuestamente estaba



deseando introducirme en mi boca.

— ¡Serás guarra! No digas eso aquí, te va a oír mi madre  
—añado sin poder evitar sacar a la luz mi sonrisa de villana.

— No tienes porqué follar esta noche, sal y sobre todo piensa en bailar, estar con tus amigas y disfrutar al máximo.

— Vale pesada. Pero tendré que escaparme. ¿Sobre qué hora es? — le pregunto mirando cada movimiento de las personas de mi alrededor.

— Sobre la una de la madrugada.

— Joder qué tarde, ¿no?

— Se nota que llevas mucho sin salir amiga mía— dijo dándome unas palmaditas en mi hombro.

No veía el momento de que llegase esa hora. Era la hora de comer, mi madre como de costumbre me manda a comprar el pan de cada día. Bajo las húmedas escaleras que me llevan directo a la panadería. Suspiro a la vez que me recojo el pelo dejándomelo en un moño, no muy bien perfeccionado pero... qué más da.

Pienso ‘qué más da’ cuando veo como ese tal vecino que se aprovechó de mí y me gustó tanto, se cruza en mi camino con una rosa roja en la mano.

— Hola— me dice tan frío.

— Hola— contesto esquivándolo y sigo mi camino.

Me persigue, siento como su perfume me persigue...

— No quiero esa rosa.

— ¿Y quién ha dicho que es para ti?

Me quedo callada, no sé qué decir. Solo le miro y avergonzada y me meto en la panadería. Cuando estoy

dentro, pido mis cuatro barras de pan, pago y veo como me está esperando en la puerta. Estaba tan guapo. Me muerdo los labios y salgo.

— Ven aquí— me agarra del brazo hasta llevarme a él.

— Déjame en paz o chillaré, te lo juro— le digo tan asustada a pocos metros de su boca.

— Eres una mocosa, como chilles no me quedará otra que besarte, sabes que soy capaz de eso y mucho más.

— Eres un cretino— digo consiguiendo que me soltase el brazo.

— Y tú, una cerda a la que le encanta que le haga el amor un desconocido— dijo cogiéndome de la barbilla.

— Cuando aprendas a hablarle a una mujer, me llamas— dije yendo a paso más ligero que nunca.

— Quiero que cenes esta noche conmigo.

— ¿Qué? ¿Estás loco? — flipo por unos instantes.

— Eso solo puedo saberlo yo. Quedamos esta noche en este mismo sitio, no me decepciones— lo dice tan seguro de ello.

— Va a ser que no. Esta noche voy a una fiesta.

— No irás.

— ¿Cómo? ¿Qué has dicho? — me doy la vuelta indignada.

— ¿Estás sorda? Te he dicho que te quiero aquí esta noche en este mismo sitio o si no, te las verás conmigo.

— ¿Me estás amenazando? — pregunto tonta de mí.

En cuanto le pregunto eso, coge y me besa. Me apoya en la rocosa pared haciendo de mí su presa de nuevo. No me

puedo contener, besa tan bien... ¡Por Dios, qué coraje!  
¿Cómo se puede desear tanto a un hombre como él?

## CAPÍTULO 6

Solo me falta bañar mi desnudo cuello, sin ninguna joya de por medio, en finas gotas de dulce perfume. Me siento radiante, amo mi físico, no me importa ser narcisista pero algo en mí ha cambiado. Estoy preocupada, me tiembla el cuerpo al salir de mi habitación.

Pero aun así salgo, debo ser valiente. Estoy en mi casa, protegida. ¿Qué podría suceder? Mis padres ya están dormidos, las luces apagadas y aprovechando la ausencia de ruido, salto por la ventana. Suena a ficción, como si esto fuera tan fácil. Pero lo hice.

Cuando toqué el suelo, sentí el cielo. Mi boca sonrió como nunca antes lo había hecho. Me había salido con la mía, podía ser porque llevaba tanto sin salir que hacer cierta travesura me parecía extraordinario.

Camino entre la oscuridad como un vampiro, pintada como una puerta. Camino de puntillas tan dramática. No entendía el por qué me daba miedo que me escuchasen hasta los sordos. Miro a mi alrededor, no había nadie, no se escuchaba nada de nada. Eso me aliviaba bastante. Sonrío y es cuando veo de lejos el sitio donde supuestamente había quedado con aquel degenerado, con un hombre que ni sabía su nombre. Frunzo el ceño y me alejo, decido ir por otra calle que me acortaría la caminata, y Dios me puso a mi amiga Katie en el camino. Corro hasta ella con entusiasmo.

— ¡Hola!

— ¡Has venido, cacho loca! — me abraza la muy petarda.

— Claro que sí, te lo dije.

— ¡A mover el esqueleto! — grita mientras entramos en la casa de su amigo.

— ¡Tía, tengo que presentarte a mucha gente! — me chilla ya que la música estaba a todo volumen. Nos quedamos en el salón observando de lejos con nuestras pillinas caras al chico o chicos que a Katie le gustaban. Pasamos a la cocina, nos echamos ron con cola y mientras me muerdo los labios, fijo la mirada en el dichoso reloj de la cocina.

— Quieres dejar de mirar el reloj. Relájate y sobre todo, bebe— me dice Katie haciéndome pecar como ella bien sabe.

— Llévate la copa, nos iremos al salón, te presentaré a Ryan.

— ¡¿Quién?! — chillo entre ruidos y música Rock mientras me coge de la mano y atravesamos toda aquella gente que taponaba la entrada al salón. Alcanzamos a aquellos muchachos que nos atosigaban a distancia nuestros cortos vestidos. Katie entre risas nerviosas, comenzó a darle dos besos a cada uno y acto seguido, me indicaba que yo también lo hiciera.

— Ella es Candela— me presenta guiñándome un ojo.

— Sí, la hija del carnicero— añade un payaso del grupito.

— Tú mismo lo has dicho— le sonrío observando coqueta mi vestido.

— ¿Te apetece bailar, morena? — me pregunta uno pálido pero el más atractivo de ellos. Asiento con la cabeza y veo como mi amiga sorprendida por mi actuación, pega saltitos

de alegría mientras se queda con el resto de chicos. No sé si era bueno dejarla sola con aquellos tíos, no sé si los conoce bien a todos o si no los conoce de nada. Está loca.

Nos ponemos en mitad de la pequeña pista de baile que se había montado el dueño de la casa, él me sujetaba con sensualidad las caderas, yo disfrutaba y su tentadora mirada me pedía a gritos un beso. Me hago la estrecha, no sé si lanzarme; pero rápido pienso que eso es de guarrillas y me controlo. Siento el calor recorriendo mis venas, recorriendo por debajo de mi vestido. Comienzo a sudar y cuando ya no puedo más, lo beso. Siento como me acaricia por debajo del vestido y cuando noto su sudada mano tocar por dentro de mi tanga, lo empujo.

— ¡Serás asqueroso!

— Venga nena que estoy borracho, pórtate bien.

— Vete a la mierda— digo largándome de su lado.

Cuando me alejo de él, veo como mi vecino con el que había quedado estaba entrando a la fiesta, mirando para todos lados para ver si me veía. Rápidamente me escondí en el baño, cuando antes estaba sudando, ahora lo estaba aún más. Mi corazón va a mil por hora y cuando miro el móvil por si tenía que realizar alguna llamada de emergencia, no tenía cobertura.

— ¡Maldita sea! — digo dejando al margen mi inútil móvil.

Salgo corriendo de la casa, no me despido de mi amiga. No pensé tan rápido. Voy directa para mi casa pero tonta de mí, veo la puerta de la casa de mi acosador abierta. No sé qué me paso pero algo en mí, incitó a entrar en sus aposentos de

nuevo. Como una loba hambrienta comienzo a buscarlo aun sabiendo que no estaba ahí.

Juguetona, comienzo a desnudarme y le espero en su cama desnuda y sedienta. Oigo chirriar la puerta, su puerta de madera. Y cuando noto su presencia en la habitación, mi corazón acelera.

— Hola, te estaba esperando— ie suelto loca y cachonda.

— ¿Qué haces aquí?

— Ya te lo he dicho, te estaba esperando... — digo mientras me corta.

— Eso ya lo has dicho, ¿para qué has venido? — dice frío, con una mirada voraz de esas que nunca antes le había visto poner.

— Te deseo.

— ¿Por qué? — pregunta enfadado.

— Porque sí, quiero que me hagas lo que quieras, por favor— ie suplico como si fuera su perra y él lo sabe.

— Vale, te haré lo que yo quiera pero ya no hay marcha atrás, te haré gozar y sufrir como nunca.

— ¿Sufrir? — pregunto sorprendida.

— ¿Conoces el sadomasoquismo?

— Claro que sí, no vivo en una cueva— contesto un poco asustada. — Pero yo no sé cómo se hace eso— vuelvo a decir.

— Tranquila, deja que lo haga todo yo— me dice sentándose en mi barriga. Sí, así como lo digo, el muy salvaje sin importarle mi respiración. Lo hizo bloqueando todos mis movimientos.

## CAPÍTULO 7

Admito haberle hecho el amor a ese hombre, al hombre que me amenazó y cortó mi respiración durante un acto sexual. Cuando terminamos, mi carmín formó parte de mi mejilla descolocando mis pendientes de mis orejas, mi cabello despeinado como hubiera pasado un huracán por mis dominios y mi sexo ardiente, colapsado por su extravagante manera de hacerme el amor.

Quería creer que habíamos terminado, que todo había terminado. Pero en cuanto me pongo las bragas, se pone por detrás de mí; pasea su mano por mis piernas hasta llegar de nuevo a mi vagina y la toca. De cintura para arriba aún no llevo nada, no me ha dado tiempo a vestirme tan rápido. Siento su erecto y rojo pene rozando mis muslos, su respiración chocando entre mi pelo y su desnudo pecho queriendo hacerme suya de nuevo. No sabía si debía hacerlo otra vez. Me refiero, a fingir que lo amaba.

— ¿Qué has sentido?

— Miedo— digo tragando toda la saliva que podía.

— ¿Y qué más? — insiste mientras se aferra a mis caderas.

— Solo eso— miro mis sudadas manos a la vez que mantengo las sábanas en mis manos.

— Mentira, has gemido, has arrugado hasta tu maldita frente y has arañado el colchón entre otras cosas. No me tomes por idiota, mira tu cuerpo. Está chorreando.

— Debo de irme, mis padres estarán preocupados—



intento deshacerme de sus brazos semidesnuda.

— ¿Qué más da? Te has escapado a media noche de tu casa para irte a una fiesta con tu amiga, conmigo estas a salvo.

— No creo— le miro y se aleja de mí.

— Vete de mi casa— me pide como siempre con sus malos modales.

Mis ojos deseaban llorar en ese momento, no sabía el porqué de mis actos pero sentía que mi cuerpo necesitaba estar junto a él, sus caricias, sus mordiscos, de la manera en la que se aferraba a mi pelo haciéndome pensar que era mi amo.

Al día siguiente, mi cara parecía haber estado de fiesta por lo menos media vida. Hoy me tocaba estar en la carnicería con mi padre, atendía a las sonrientes señoras de nuestro barrio, reconozco que mi padre por la experiencia suele tener más labia que yo en estos aspectos, si bien mis oídos estaban escuchando la señora me estaba comentando lo mucho que adoraba a sus nietos, me miraba en busca de unas palabras por mi parte pero solo me sale bostezar y soltar una falsa sonrisa.

— ¿Te sucede algo? Tienes mala cara, hija— dice mi padre miradme fijamente.

— Estoy bien, no te preocupes.

Noto la distante y pensativa mirada de mi padre, se rasca la nuca y trago saliva, cierro los ojos y contengo mi respiración por unos segundos, escucha la radio de la carnicería de fondo y cobro a la señora.

— Son solo pesadillas, papá— dije para no levantar sospechas del impresentable de mi vecino.

— De acuerdo, que pasara en la cabezota que tienes, maldita sea las señoritas como tu deben de soñar cosas alegres— maldice en voz alta mientras me doy la vuelta y vuelvo a poner la cara rancia que tanto ocultaba a mi padre.

Llegaba la tarde y la calma llego a mi corazón, me tome una tostada de mantequilla con azúcar y un poco de batido de plátano para complementar la merienda. Mi madre se encontraba cosiendo su falda favorita y entre cosido y cosido me miraba.

— Candela— me llama

— Dime mamá.

— ¿Cuánto tiempo vas a seguir fingiendo? — me dice y me quedo congelada por unos segundos.

— ¿Decirte el qué?

— Que te ves con nuestro vecino— suelta y mi cabeza desea meterse en la tierra para no salir en la vida.

— ¡Mamá, te lo puedo explicar!

— No tranquila hija, no temas, eres libre y joven, debes experimentar al maximo. Aprovechar tu juventud— me dice y mi corazón baja el volumen.

— ¿En serio? Pero no sé si debería seguir viéndole...

— ¿A ti te gusta? — me pregunta mi madre y desmonta todo lo que tengo en mi cabeza

— No lo sé, decir que me gusta estaríamos hablando de palabras mayores— no quito la mirada a mi vaso vacío.

— Si tienes esas dudas, es porque algo ahí en ese chico

que te encanta.

Llega mi padre y como era lo normal entre nosotras dejamos de hablar de aquello a demás esperábamos visita, una vieja amiga de la familia pasaría unos días con nosotros y está sería su casa durante su estancia.

— Mira quien ha venido— dice mi padre indicándonos a Mery y a su nieto que su nieto resultaba ser nuestro mismísimo vecino.

— Resulta que su nieto es nuestro vecino. Gracioso, ¿no? — suelta mi padre intentando no recordar el pasado.

Me quedo callada y noto la mirada de mi madre en mí, respiro hondo pero no me sale hacer otra cosa que quedarme en trance, el me mira no trata de hacer nada, ni se acerca a darme dos besos. En realidad no quería sus besos en ese momento.

## CAPÍTULO 8

No me podía creer que la vida me ofreciese algo que debería de estar prohibido en 17 países, el animal más peligroso de la Tierra estaba justo pisando el suelo de mi casa, respirando en mi territorio. Estaréis pensando que esto me encantaba pero en realidad no, ¿sabéis esa sensación de deseo pero con alguien que sabe cómo manejar cada parte de tu cerebro? Yo sí.

— ¡Pero qué mujer más guapa hay aquí! — se lanza Mery a darme dos besos.

— Hola— saluda tan fría.

— ¿Conoces a mi nieto, Edgar?

— Me suena— digo mientras ayudo a mi madre a poner la mesa.

— Señor Gutiérrez, usted tiene una mala imagen de mi— aprovecha don queda bien mientras las chicas estábamos en la cocina.

Mi padre se queda callado y le deja hablar, regreso al salón y ahí está intentando arreglar algo que volverá a romper. El muy desgraciado.

— La verdad es que no hice nada con su hija, le dije aquellas cosas porque vino a mi casa diciendo esas barbaridades, pensando eso de mi cuando no me conoce de nada, entiende que me pusiera de esa manera pero aun así pido disculpas— dijo tan educado.

— Está bien, olvidemos el pasado y espero que en estos cuatro días que pasaras en mí casa ni se te ocurra acercarte a mi hija, si lo haces tendré que sacar la escopeta.

— Se lo juro— le da la mano y ambos se la estrechan.

Estaba claro que rompería su promesa, que su palabra no valía nada, lo deje caer. Terminamos de poner la mesa y ahora tocaba tener en la mesa a mi acosador junto a mis padres, al hombre que me follo salvajemente por la noche.

— Dime, ¿a qué te dedicas? — pregunta la curiosidad de mi padre.

— Fui Auxiliar de Enfermería, trabajé en el hospital de la paz cuatro años, ahora estoy retirado por enfermedad— responde dejándome sin respiración al decir la última frase.

— ¿Qué te pasa? — tuve valor a preguntar.

Se queda callado, pensativo pero no tardo demasiado en contestar, por la mirada que le eche sabía por dónde iban mis intenciones.

— Prefiero que eso solo se quede en mi cabeza.

Todo se queda en un completo silencio pero por suerte Mery era muy charlatana, saco el tema de su marido cuando era militar y todo fluyo, lo mucho que le echaba de menos, los viejos momentos era lo que le mantenía viva.

Aunque no me estuviera mirando, por la manera en la que respiraba sabía que estaba pensando en mí, se me pone la piel de gallina y él lo sabe, lo percibe, huele mi excitación. Me coloco el pelo por detrás de la oreja y me mira, lo miro y me muerdo el labio. Inconscientemente lo estoy invitando a besar mis labios, a pisar mi cama esta noche. No actúa, pero

mi corazón si, parece que se me va a salir del pecho, quería salir de allí.

— Ahora vengo— me levanto y me dirijo hasta el baño.

Estoy dentro del baño, reuniéndome con mis pensamientos, me miro al espejo tras orinar y cuando estoy dispuesta a salir, veo que ya han terminado de cenar y yo soy la única que tiene medio plato lleno. Lo recojo para llevarlo a la cocina pero Mery se pone en mi camino.

— Eso ni hablar, señorita comete todo eso.

— No tengo mucha hambre, de verdad, me siento un poco mal— dije haciéndome con la mía.

— Estas jóvenes con sus dietas.

Todos están en el sofá y hasta Edgar está hablando con mi padre, parece que se llevan bien, esto era súper raro.

## CAPÍTULO 9

La cena termina y sus lenguas parecían haberse cansado de hablar como cotorras, mi madre le muestra sonriente a Edgar su habitación. Este encantado deja su chaqueta en los pies de la cama y se mete enseguida en la ducha.

Me encamino hasta donde sería su habitación, pero me detengo, veo que se deja la puerta del cuarto de baño medio abierta. Oigo recorrer ese silencio a madera vieja y crujiente por mis oídos, respiro despacio y con el corazón a mil por hora me aseguro de que mis padres están más que dormidos.

Vuelvo a mi escondite y relamiendo mis secos labios espero una agradable visión por parte de Edgar, pero un tacto frío acaricia mi cadera y cuando me doy cuenta ya estaba él detrás mía besando mi cuello, no lo detengo, e dejo llevar y con su fuerza y sensualidad me lleva hasta su habitación.

Cierra la puerta y acunándome entre sus brazos me desnuda y me mete en la ducha junto a él, me besa y deja caer el agua caliente por nuestros cuerpos mientras a su vez suena en la radio *Prelude in E-Minor* de Frédéric Chopin. Esa melodía relajante que enloquecía mis ansias de morder sus labios y enrojecer partes de mi cuerpo. Gimo en silencio para él, noto sus penetraciones cada vez más influyentes en mis necesidades, me tapa la boca y me muerda mi húmedo cuello. Pongo los ojos en blanco, y eso a él le enloquece, aprieta más

su mano y las embestidas son más rápidas que el hacerlo sacude por completo todo mi cuerpo. Me da la vuelta y dejo mi trasero envuelto en llamas para él.

El agua sigue cayendo por mi cuerpo, noto esas gotas ardientes recorrer mi trasero, éste me da una cachetada y mi boca suelta un gemido, curva mi cuerpo, posa su mano en mi boca de nuevo, aprieta chirriando mis dientes y mete su pene hasta el fondo de mí. Cierro fuerte mis ojos, tanto que pareciese irme a otra galaxia. Siento como mi pecho hiperventila con más fuerza y mis pechos rojizos arden conmigo.

Me saca de la ducha en volandas y me tira en la cama, siento como me da un tirón en la espalda y mi cara se curva de dolor, abro la boca para quejarme pero este me tapa la boca y sale de la suya un “Shhhh” que impide mi colaboración absoluta en este juego. Me tumba desnuda y mojada, se pone encima de mí, coge mi cabello mojado lo divide en dos y mientras veo de cerca sus vergüenzas él se limitaba a atar mi pelo en el cabecero de la cama haciendo un nudo para que mi movilidad ante él sea nula.

— Edgar, me vas hacer daño... mi pelo— digo esto último y me pega una guantada pero enseguida se me pasa cuando de prisa me besa para calmarme.

Se levanta de mi cuerpo y al hacerlo respiro con facilidad, mis costillas necesitaban un respiro. se pasea desnudo por el cuarto hasta encender una de las velas perfumadas que mi madre ponía en los armaritos. Enciende tres o cuatro y las pone a mí alrededor, el frío abraza mi



cuerpo y eso hace que estornude. Veo como saca de su macuto unas cuerdas no muy gruesas y serias, se acerca hasta mi cuerpo. Me separa mis temblorosas piernas y coloca con suavidad la cuerda por alrededor de mi tobillo derecho hasta hacerle un fuerte nudo que hace levante mi pierna del susto rápidamente.

— Estate quieta... — me ordena con su ronca voz.

Su actitud me enloquecía, y su autoridad ante mi cuerpo hacia que me relajase cada vez mas. Acaba de atar las piernas y sube hasta mis muñecas, esta vez lo hace más sueva que el anterior, le dejo que me haga lo que quiera, no hablo, lo digo con la mirada y siento por la forma en la que curva su sonrisa que le apasiona hacerme eso.

Coge una vela, mete sus dedos en ella recoge cera y con sus dedos bien calientes pasea la cera roja de la vela por mis labios, eso me ruboriza, hace estallar algo dentro de mí. Mi pecho va cada vez más rápido al sentir eso en mis labios. Trata de tranquilizarme acariciándome la cara y besando mi frente. Pero no lo consigue.

Termina de hacer la hazaña y baja despacio hasta mi barriga traspasando mi núcleo de nervios hasta llegar a mi clítoris allí estalla dopamina en mi cerebro, quiero chillar pero el miedo y el placer a su vez me detienen.

Sin saber por qué ni como mi cuerpo se dejó llevar de nuevo, también el suyo hizo algo de lo que no estaba muy preparado todavía, pero lo hizo y lo disfruto sin tener en cuenta las posibilidades de que mi padre lo abriese en canal. Durmió conmigo, los dos juntos, abrazados a pesar de su

gran ego. Supongo que esta vez tenía la necesidad de sentirme cada vez más cerca de él.

## CAPÍTULO 10

Como cada mañana me encontraba en la carnicería de mi padre, atendiendo, sonriendo e intentando no pensar demasiado en aquel descarado. Saco de las cajas las frescas carnes a vender, las coloco y mientras que mi padre se echa unas risas con unos de sus clientes me mantengo a un lado cortando lomo de cerdo. La máquina no funcionaba del todo, siempre chirriaba y no tenía la cabeza como para escuchar ruidos desagradables.

Cojo el cuchillo y sigo con mi trabajo, a lo lejos mientras pienso en lo mío puedo oír como las cotillas del pueblo hablaban mal sobre otra muy buena clienta de mi padre, esa que tanto sonrío y parecía ser feliz todo el tiempo. Parece que aquí al mundo le molesta bastante tu estado de ánimo o que simplemente sea más feliz que ellos.

Levanto la cabeza y en un descuido mientras observo a aquellas cotillas el cuchillo se larga hacia otro camino y me rajo una falange sin llegar a cortármelo.

— Ahhhh... — suelto por mi boca agarrándome mi dedo con dolor.

— ¿Cariño qué has hecho? — viene deprisa mi padre hacia mí. — Te he dicho un millón de veces que no cortaras con este cuchillo, utiliza la máquina de cortar.

— Pensé que estaba rota como hace un ruido horrendo—

digo mientras me siento en unas de las sillas que tenía mi padre cerca de nosotros.

— Si hija mía pero funciona perfectamente, deja que te vea lo que te has hecho— me pide y yo cierro los ojos-Hay que llevarte al hospital a que te den puntos cariño.

— No por favor papá— digo como si fuera una niña pequeña ya que estas cosas me imponen muchísimo. Me deja a un lado con la mano vendada en un paño y tras cerrar la carnicería nos vamos enseguida para el hospital, me da la mano e intentando no caerme por el camino hasta el coche siento una gran necesidad de vomitar pero al montarme en el coche se me pasa. Le pido a mi padre con todas mis fuerzas que se diera prisa y este nervioso tiene en cuenta mis palabras y mi dolor.

No me atrevo a mirar como tengo el dedo pero si una ráfaga de aire frío cubre mi dedo y la sangre aun fresca sigue cayendo por mi mano, cierro los ojos cuando veo que todos los semáforos se ponen en rojo y maldigo por dentro, comienzo a patallar como una cría pero el dolor es inmenso y mi cuerpo no puede más, mi cabeza se va para atrás siento que me duermo. Me había desmallado pero por suerte y la de todos cuando abrí los ojos ya me encontraba en el hospital y ya me habían puesto los puntos.

— Papa...

— ¿Cómo estás, hija?

— ¿Ya han terminado? — pregunto despegando mis ojos.

— Sí.

— Pues vámonos— le pido ya que no me gustaba nada estar en los hospitales.

— Sólo si te encuentras bien— dice mi padre.

— Me encuentro perfectamente papá de verdad.

Oigo pasado y veo como un doctor bien guapo de unos treinta y pico años se acerca hasta nosotros y saluda a mi padre.

— Vaya que niña tan guapa, ¿tú deberás de ser Candela, verdad? — me dicen sus ojos verdes.

— Sí, soy yo— contesto peinándome con la mano.

— Deja que vea tu mano— me coge de la mano y siento un escalofrió que se columpia desde mis pies hasta la cabeza. —Mantente hoy de reposo, le doy permiso para que se eche una larga siesta— me dice el guapo doctor y al escuchar larga mi mente enferma le mira al paquete pero avergonzada subo rápido la mirada. Noto el ardor en mis mejillas, eso hace que me levante rápido y me aleje de él.

— Ya has oído y nada de ayudarme en la carnicería, ¿lo has entendido?

— Que si papá, tranquilo, no haré nada.

Me salgo de la consulta ya que el doctor guaperas me estaba poniendo de los nervios, así que decidí esperar afuera mientras mi padre se despedía de él. Regresamos a casa y tras achucharme mi madre una y otra vez por el susto que se había dado, les pido que no se preocupasen más, que me encontraba bien y eso es lo que importaba que siguieran con sus vidas.

Mi padre se tenía que ir a abrir la carnicería de nuevo y

mi madre seguir con sus cosas en la casa. Ayudo a mi madre a preparar la comida, un cocido no me vendría nada mal ahora mismo. Pelo las patatas y voy enseguida a terminar la ensalada. Suena un telefono, alzo mi cabeza y veo que es el móvil de mi madre .Viene enseguida y lo coge, era mi tía , la hermana pequeña de mi madre, había sido mamá y estaba ansiosa por contárselo a toda su familia.

Algún día mi instinto maternal estaba a punto de aparecer, no sabía cuándo pero vendría y me pillaría de sopetón pero agradecida por mis ganas de tener un hijo. Dejo las patatas haciéndose y un ruido juvenil venia de la ventana, me asomo mientras me limpio las manos con un trapo de la cocina y veo a Edgar pintando el viejo mural de mi calle rodeado de niños pequeños que le ayudaban. Dejo el trapo colgado en la silla de la cocina y abro la ventana. Clavo mis ojos en ese mural aun no acabado y en la sonrisa que raramente tenia Edgar en su cara.

— Bonito mural— me atrevo a decir y este enseguida se da la vuelta.

— ¿Te gusta? Es para ti.

— ¿En serio? ¿Por qué tanto romanticismo de repente?  
— digo con una sonrisilla nerviosa en mi boca.

— No es romanticismo, es arte. Tu cuerpo es todo un arte que muchos deberían apreciar.

— Mi cuerpo solo puede apreciarlo quien se lo merezca.

— Me alegra saber eso— suelta una sonrisa y se da media vuelta, parecía haberse cansado de mirarme a los ojos.

— Mi rostro cambia y se vuelve serio. Necesitaba seguir

hablando con él aunque sus ganas no fueran las mismas que las mías. Cierro la ventana y me alejo de ella con parsimonia en busca de mi madre pero el ruido de una ventana rompiéndose detiene mis pies, mi cuerpo tiembla he inconscientemente me doy la vuelta con la mano en la boca. Una piedra envuelta en un papel había atravesado la ventana dejando los trozos de cristales tirados por todo el suelo.

Cojo la piedra y quito aquel papel cuando la voy a tirar a la basura veo que esa nota área para mí y decía: “Querida mía, ¿Que vas hacer esta noche?, al leerla me asomo y ahí estaba Edgar con una gran sonrisa esperando mi respuesta.

— ¿Estás loco? ¿Qué demonios haces rompiendo mi ventana? — digo disgustada con la nota en la mano.

— Te habías ido sin despedirte

— Tú te habías dado la vuelta sin decirme nada

— Estaba haciendo mi trabajo— dice y me quedo sin argumentos

— Por cierto, ¿qué estas pintando ahí? ¿El ayuntamiento te ha dado permiso para hacer eso? — le hago una serie de preguntas tan nerviosa.

— Contesta a lo que te he preguntado

Me muerdo el labio y mi corazón va a mil por hora, no soportaba esa mirada de psicópata pidiéndome una respuesta y contesto sin pensar

— Vale... — digo con un toque de suspiro y miedo. Veo que se ve y cuando oigo decir a mi madre a lo lejos que vendría para cenar mi tía deprisa actuó y digo: —Edgar espera.... que no... que no puedo— se para y me mira frío

frunciendo su mirada como si su mente me estuviera hablando, insultando y escupiendo.

— No me gustan las mujeres inseguras— es lo único que dice y se va dejándome confusa ante sus pocas palabras.

La cena ya estaba lista y los preparativos también, y yo aun sin decidir que ponerme. Estaba entre la blusa de color vino con unos pantalones blancos y unos pendientes de plumas a juego con la blusa, o una camiseta blanca palabra de honor con un recogido y unos vaqueros azules.

Mi madre me llama diciendo que mi tía ya estaba aquí, le doy un grito diciendo que enseguida bajaba y finalmente me decido por el segundo conjunto. Me pinto un poco como una puerta, me echo mi perfume fresco restregándomelo bien por detrás de las orejas, mis muñecas y mi pecho y paya que bajo.

— ¡Tía Rosa! — voy rápido hacia ella y le doy un fuerte abrazo.

— Cuidado cariño, mi bebé— dice animada luciendo tripita de embarazada.

— Lo siento— digo avergonzada separándome de ella poco a poco.

— Vaya Candela, que grande y guapa que estás— me dice mi primo Ramón.

— ¡Ramón, que alegría verte! — le doy un abrazo y yo recibo otro de él.

— En serio, no crezcas más o si no te las verás conmigo — bromea sin soltarme.

— Lo sé. La última vez que me vistes era una mocosa.



— No he tenido nada de tiempo para venir a visitaros la carrera me tuvo muy ocupado pero por fin soy abogado y estoy en un bufete muy importante— dice mi primo con orgullo con una gran sonrisa.

— No te preocupes por nada. Estamos muy contentos de veros otra vez aquí, sois una gran alegría para esta casa— dijo mi madre llevándolos para el salón.

— Por cierto prima, él es Marcus. Un amigo del trabajo — me presenta mi primo a un rubio bien alto de cuerpo deportista, dientes blancos, y bien vestido.

— Hola Marcus— me salió un saludo nervioso de mi garganta.

— Hola guapa.

— Oye córtate un poco— le riñe sonriente mi primo.

— No te me pongas celoso— le contesta éste de coña.

Me siento pero mi madre me dice de ir a comprar el pan, pongo los ojos en blanco ya que me dolían las rodillas del cambio de tiempo y ese dolor era insoportable, me levanto y cojo mi bolso cuando me doy cuenta ahí estaba Marcus al lado mía queriendo acompañarme a comprar. Siento con la cabeza y digo vale, este sonrío y yo hago lo mismo.

Salimos por la puerta y un incómodo silencio se colma entre nosotros, le miro a Ss radiantes ojos y me pongo roja enseguida, no sabía que me pasaba solo tenía miedo de que este intentara algo mí, ¿o realmente me gustaría que lo hiciera?

— Es aquí— entramos y este me sigue por detrás.

Cuando entramos veo entre tres o cuatro personas a

Edgar y maldigo por dentro, ¡mierda! Intento esconder mi mirada pero cuando me encuentra viene hacia mí.

— Has pensado lo de esta noche.

— Hola Edgar, mira este es Marcus un amigo de la familia— le presento y cuando Marcus le ofrece su mano para estrecharla este le mira pero no actua, siento su felina mirada odiarle con desprecio a ambos.

— Contéstame— me dice serio.

— No sé si podre Edgar, ha venido mi hermano y estaré un poco ocupada...— me sale sin mirarle a los ojos.

— ¿Como que no podrás? Explícamelo— dice con un tono enfadado.

— Lo siento Edgar ya te lo he dicho ya hablaremos— lo dejo a un lado y me atiende por fin la panadera.

Con el rabillo del ojo veo como Edgar se marcha sin decir adiós, suspiro y un escalofrió recorre todo mi cuerpo. Al salir Marcus me coge de la mano y me pregunta dos o tres veces si estaba bien, mi respuesta siempre era afirmativa pero mi corazón iba a mil por hora, no entendía lo que me sucedía pero una ráfaga de miedo corría a fuego lento por mis venas cuando Edgar me miraba de esa manera.

Llegamos a casa y con el pecho aun engarrotado dejo el pan en la cocina, mi madre nota cambiada, paliadme coge la cara y me la besa.

— ¿Te sucede algo cariño?

— No mamá, tranquila

— Entonces, vayamos a cenar— me coge de la mano pero la detengo.

— Espera, ve tú, yo iré enseguida— la convenzo y me besa la frente.

Subo las escaleras, apago la luz del pasillo y entro en mi habitación. Voy hasta el tocador despacio quedándome reflejada en el espejo a distancia, me siento y dentro de mí hay algo que no me dejaba pensar con normalidad.

Toqueteo las pinturas de la mesa y ojeando mis fotografías pienso y pienso en lo que hubiera pensado Edgar al verme al lado de Marcus, sus celos son algo peligrosos para la sociedad, incluso para él mismo. No soportaba tener esa mirada encima mia, es superior a cualquier tipo de fuerza. Quizás... ¿Debía pasar de la cena familiar y escaparme con Edgar? O ser una niña buena y seguir sus propósitos familiares.

Frunzo mi ceño y la tensión me podía, cuando estoy decidida a salir por esa puerta y hacer lo que la mente me pedía dejando atrás mi corazón, me levanto con los ojos cerrados y me doy la vuelta deprisa pero algo sólido choca conmigo y me corta el paso con un abrazo. Alzo la vista asustada ¡Era Edgar!

— ¿Qué haces en mi habitación? — le pregunto a penas con fuerza en la boca.

— Marcar mi territorio— sonrío y eso me preocupa.

— ¿Cómo has entrado?

— Deja de hacer preguntas y bajemos, está muy feo eso de hacer esperar a la gente.

— ¿Que bajemos? Edgar... ¿Qué demonios dices? — digo asombrada. —No pienso bajar contigo, ¿estás loco? —

me coge de la mano con fuerza y su actitud me corta toda la autonomía en mí.

Me encuentro en Shock y caminamos hasta las escaleras, de fondo oigo las risas de mi madre y mi tía y cuando nos ven bajar juntos de la mano todos callan de inmediato y mi padre se levanta deprisa.

— ¿Edgar, que haces tú aquí? — pregunta mi madre más que confusa.

— Señora, llevo aquí toda la tarde, ¿recuerda? Usted me pidió que le arreglara el grifo de la cocina— dice esto pero mi madre seguía sin caer.

— ¿En serio? No lo recuerdo, debe de ser ya la edad— bromea junto a mi tía.

Mi padre mira su mano agarrada a la mía y frunce cada vez el ceño.

— Tranquilo señor, Candela se encontraba un pelín mareada y me ha dicho que le ayudase a bajar las escaleras— dice y la cosa se calma por momentos.

Asombrada por la grandiosa labia que parecía el carbón este, mis ojos le admiran por un momento y enseguida miro mi plato con la mente en blanco.

— En ese caso, siéntate a cenar con nosotros. Aquí honramos a los trabajadores— se levanta mi padre y le coloca un plato al lado del suyo bien alejado del mío.

— No, muchas gracias. No quiero molestar.

— No es molestia, de verdad. Toma asiento— dice mi madre sonriente.

Se sienta y sin mirarme por la presencia de mis padres se

le veía contento de que su jugada allá salido a la perfección.

— Edgar, van diciendo por ahí que tu padre ha abierto una carnicería nueva en la otra punta del barrio— suelta mi padre con la boca llena aún.

— No es de mi padre, es mía. Pusimos el apellido como marca de la carnicería y supongo que por esa razón pensarán que es de mi padre— explica y asombrada de que tuviera una carnicería y que no me dijera nada levanto mis cejas y prosigo comiendo la deliciosa cena de mi madre.

— Pues, quiero que sepas que desde aquí te deseamos lo mejor del mundo para ese nuevo negocio, un empresario nuevo y joven es lo que hacía falta— dijo mi padre sonriente.

— Por cierto Edgar, ¿es así tu nombre no? — pregunta descarada mi tía sonriendo y este asiente ante su pregunta. — ¿Tienes novia? Mi sobrina está soltera— dice dejándome más que avergonzada.

— Tita por favor...

— No tengo novia, no tengo tiempo para esas cosas ahora mismo— contesta echándome una corta mirada ante todos.

— Ya lo has oído tita, déjalo— digo bien claro para que dejase de meter cizaña mi tía.

— De acuerdo, ya me callo, aunque hacéis muy buena pareja ahora que lo pienso — dice y todos se ríen nerviosamente.

— Tita, come y calla— le digo graciosamente.

— Vale, que marimandona se ha vuelto.

La noche acaba y tras recoger la mesa y acomodar bien

la habitación de mi tía a merced de su embarazo. Mis padres que tras la cena los encontraba rarísimos me dejaron a solas junto a Edgar en el segundo salón con chimenea. “Os dejamos intimidad”, fueron sus palabras exactas.

Voy directa al salón y veo de lejos a Edgar sentado en el sofá mirando fijamente la lumbre de la chimenea.

— ¿Bonitas vistas? — pregunto quedándome parada.

— Las mejores— me mira repasando mi silueta y sonrío.

— Sabes, crees que puedes con todo pero no es así.

— ¿A qué te refieres? — frunce su ceño.

— Siempre habrá alguien más fuerte que tú.

— ¿Y ese alguien eres tú? — me pregunta mientras me siento a su lado despacio.

— Quizás— solo digo teniendo su mirada tan cerca de mí.

— Eres la cosita más linda y perturbada que mis ojos han visto jamás— me eclipsa con sus palabras y hace de mí su presa fácil de nuevo. Inclina mi cabeza hacia un lado y pasea su olfato por mi cuello captando todo mi aroma de una pasada, veo que cierra fuerte sus ojos y sin esperármelo me muerde sensual el cuello. Suelto un suave gemido y me agarra con rapidez mi sexo.

— Tu eres mía, ¿me has escuchado bien? — me susurra cogiéndome de mi barbilla.

— ¿Por cuánto tiempo?

— Hasta que nuestros corazones dejen de latir— me mira y deja bien claro mientras me mira fijamente arrancándome la blusa quedándome ante él en sujetador a

merced de sus deseos.

## CAPÍTULO 11

Cada viernes por la mañana me dirijo temprano a la biblioteca municipal de mi pueblo. Todos los viernes el grupo de lectura se reunía para debatir y leer un libro dicho por el bibliotecario. Esta vez toco leer poesía, quizás por el carmín de mis labios o mi ajustado pero no tan corto vestido azul cielo pero la primera en leer delante de todos fui yo.

*Mientras me hablabas y yo te miraba, se detuvo el tiempo en medio instante: el amor me llamaba y yo le obedecía.*

*Mientras me susurrabas y yo te amaba, se alzaron los sentimientos, mandó tu voz, el cielo se hizo visible en tus ojos, y yo pronuncié el querer en tus labios.*

Dejo de leer y sintiendo la fría y tentadora mirada del querido Edgar sobre mí, me callo, detengo mi voz y trago decimas de saliva. Nerviosa vuelvo a mirar el folio y sigo leyendo.

**Amores de ocaso.**

**Atardeceres de bello remanso.**

**Enamoras subyugando.**

**El alba de mi despertar.**

**Amores de ocaso.**

**De raro perfume deleitas y alientas.**

**Mis días de raro final.**

**Llenando auroras sedientas de ti.**

**Amores de ocaso.**

**De bello perfil con años encima y  
sabidurías mil en hilos de plata acariciando.**

**Mi sien surcando el alma y mi diario vivir**

**Amores de ocaso.**

**Anhelos callados, rara sensación,  
con mariposas de color cosquilleando**

**Mi piel.....despertando mi olvidada pasión.**

**Amores de ocaso.**

**Humm... de besos deleites.**

**Cariños sin fin de roces y  
cuerpos fundidos en sí.**

**Amores de ocaso, que bello final...**

Entre líneas subo la mirada y disfruto del color de ojos de Edgar y tímida



vuelvo a bajar la mirada. Termino de leer y mientras todos me aplauden sedientos por mi sonrisa, me siento y noto la presencia de Edgar detrás de mí, su aliento recorre mi piel y eso riza mi vello. Suspiro despacio no queriendo despertar sus ganas de besarme y hacerme suya.

Se termina el recital de poesía y al despedirme de todos mis compañeros y del propio bibliotecario, salgo por la puerta y el tiempo era maravilloso, el sol salió y el frío se escondió por un momento. Paso por la floristería donde tanto vendían aquellas gardenias que tanto le gustaban a mi madre y deseosa de ganas por ver sonreír a mi madre como cada viernes cuando salía del recital de poesía.

— Hola Fran— Saludo sonriente.

— Hola bonita .

— ¿Tienes mis flores de siempre?

— La verdad es que no me quedan, se las acaban de llevar, lo siento mucho— Me dice disgustado sabiendo lo mucho que me importaban esas flores para mí.

— No te preocupes Fran, ya será en otro momento. Dale besos a tu mujer.

Salgo de la floristería y de camino a mi casa siento una sombra perfumada detrás de mi, sonrío, ya no me asusto, cada vez me gusta más esa sensación oigo a pocos metros de mis oídos:

— Amores de Ocaso, de bello perfil con años encima y sabidurías mil en hilos de plata acariciando mi sien surcando el alma y mi diario vivir— Me doy la vuelta y ahí esta Edgar sonriente y mostrándome aquellas gardenias de mi floristería favorita, ¡él las había comprado!

— Bonitas Garde... — Me corta y me planta un beso en mitad de la calle justo delante de la carnicería de mi padre.

— Edgar mi padre— digo apartándolo de mí.

— No pasa nada, ya eres mayor, ya es hora de que lo vaya aceptando— dice y me da otro beso. —Hay algo que quiero enseñarte y espero que aceptes— Nerviosa, lo veo sacar del bolsillo dos hojas dobladas y me da uno. —Quiero que vayamos a Roma a ver el Vaticano, es algo maravilloso, una experiencia única— Me dice esto último bastante tímido.

— Pero Edgar estás loco, me encanta— le digo dándole un fuerte abrazo ya que no me lo esperaba. Sus fuertes cambios de humor a veces me dan bastante miedo, ahora te quiero, ahora te odio, te dejo de hablar. Quizás sea así el amor.

De camino a mi casa, pensativa, con las hormonas a flor de piel, pienso en lo

que me dirían mis padres sobre este asunto. Esto es serio, quiere que hagamos un viaje juntos, los dos solos sin nadie más. Esto del amor no es fácil, hay que sacrificar muchas cosas entre ellas la sangre que corre por mis venas, Edgar es mayor que yo y eso es un problema.

— ¡Mamá ya estoy aquí! — digo como siempre dejando las Gradenias que me regalo Edgar encima de la mesa. Veo que no contesta y voy a buscarla.

— Mamá hay algo que quiero decirte, sé que no me dejareis pero es importante para mí— **D**igo aun sin verla en la casa. Me doy la vuelta y veo a lo lejos de mí una pequeña nota puesta con friso en la pared. Era de mi madre y decía estas palabras:

*“Hija mía, espero que sepas perdonarme pero tu padre y yo no estamos muy bien, necesito un respiro, conocer a nuevas personas, vivir cosas nuevas. Necesito que lo entiendas, siempre serás la niña de mis ojos. Cuídate y se feliz”.*

Corro hasta la puerta pero rápido llaman a la puerta y abro y me choco con aquel enfermero que me curó la mano cuando me raje en la carnicería de mi padre.

— Señorita, ¿se encuentra bien? — **M**e pregunta ya que me ve llorando como una magdalena.

— No, mi madre se ha marchado— **D**igo suspirando manteniendo en mi pecho un dolor inmenso y lo abrazo, me aferro al enfermero y él me refugia en sus brazos.

Llamo a mi padre para enseñarle la nota y nos reunimos en el salón de la casa junto al enfermero, saco el Té que había preparado y mientras mi padre lee por décima vez la nota de mi madre no para de llorar y de no entender nada.

— Problemas, ¿qué problemas? Tú madre y yo nunca hemos estado mejor que ahora, no lo entiendo de verdad Candela— **D**ice mi padre melancólico.

— Quizás esté agobiada, estoy seguro de que su mujer no tardara en venir y se lo explicara todo— **D**io el enfermero que era muy buen amigo de mi padre.

— Eso esperamos todos, aunque mi madre cuando toma una decisión la toma en serio— **D**igo dejando caer una lagrima por mi cara.

Se levanta mi padre y se larga para su habitación dejando un gran vacío, sin decir nada me quedo patidifusa observando la nada.

— Por cierto, ese amigo tuyo. Edgar... — **D**ice el enfermero y lo miro enseguida.

— ¿Cómo sabes su nombre?

— Su madre solía venir mucho a nuestro hospital, venía tanto con su hijo que era como su segunda casa— Dice sonriente y me hace sacar una sonrisa a mi cámbiense levanta, se pone su abrigo y cuando se va se detiene antes de abrir la puerta. —Candela— Me llama y atiendo a su voz— ten cuidado con los desconocidos— Me echa aquella sexy mirada suya.

— Edgar no es ningún desconocido— Contesto seria.

— Al fin y al cabo todos lo somos, créeme— Se va dejando la puerta abierta y veo que se deja un sobre en la mesa.

— ¡Doctor, se ha dejado esto! — le llamo así ya que no me acordaba de su nombre.

— Es para su padre, dáselo de inmediato es urgente.

Me quedo quieta observando detenidamente el pequeño sobre y voy a cerrar la puerta se lo dejo en la mesa y voy a ver como esta mi padre, se había quedado dormido en su cama tras beber una cantidad razonable de alcohol tras saber éste tipo de noticias. Lo tapo con sus sabanas y me tumbo con él mientras lloró como una niña pequeña.

## CAPÍTULO 12

Paso una semana y no teníamos noticias de mi madre, llamé a todos mis familiares y tampoco sabían nada de ella. Hablé con mis vecinas y los vecinos que tenían tres calles más abajo de mi casa y ni rastro de ella. Repartí panfletos con su cara y mi número de teléfono por si alguien la veía y empapele mi pueblo con su cara.

Recibo un mensaje y veo que era Edgar, el avión hasta Roma salía en dos horas. Mis maletas ya estaban listas pero debía de arreglarme y salir corriendo. No le dije nada a mi padre sobre que iría a Roma, le daría un patatús. Solo le dije que estaría unos días en el pueblo de una amiga del instituto, no le di nombres.

— ¿Estás segura de que quieres irte?

— Papá, necesito desconectar de todo este drama, y tú también deberías hacerlo. Cierra la carnicería por unos días. Yo estaré de vuelta muy pronto— Le doy un beso y un fuerte abrazo y me largo hacia la puerta. Cuando estoy llegando a la puerta me detengo y lo miro, verle mirando cómo me iba sin decir nada y con esa carita a cachorrito me mataba, así que fue de nuevo a sus brazos y le di otro achuchón.

—Te quiero muchísimo papá.

Salgo de mi casa y llamo enseguida a un Taxi, no tarda demasiado en venir y cuando lo hace le pongo rumbo al aeropuerto de Barajas donde me estaría esperando Edgar. Nerviosa miro por la ventana y la abro, dejando pasar todo el fresco aire. Miro el reloj y aún más nerviosa cierro los ojos y me imagino la escena de viajar al lado de Edgar eso me pone el corazón de punta. Pero me meto en el WhatsApp y veo la foto que tiene mi madre conmigo en la cena de navidad. Los ojos se me llenan de lágrimas y trato de controlarme, mi rímel estaba a punto de abandonar mis ojos y enseguida bloqueo el móvil y aparto la vista a otros horizontes.

Lo veo afuera esperándome y eso me inquieta, le pago al taxista y me bajo enseguida del coche, lo veo acercarse a mí y me besa en los labios suavemente, me ayuda a sacar mis cosas del maletero y nos dirigimos a la puerta de entrada.

— ¿Hay noticias de tu madre?

— No, nada— Le miro angustiada intentando no llorar.

Pasamos por los controles y cuando esta todo perfecto entramos en el gran avión y buscamos nuestro asiento, por suerte me tocó al lado de mi querido Edgar. No podía estar más contenta. Nos sentamos y veo que se pone con rapidez el cinturón del asiento.

— Aún queda unos cuantos minutos para que despegue.

— Nunca me han gustado los aviones— **D**ice sin mirarme en los ojos.

— ¿Por qué no me lo has dicho?

— Tú no te preocupes por mí— **M**e dice acariciando mi barbilla.

Se encienden las luces y rápido me pongo el cinturón, miró fijamente a Edgar y tras saber su fobia a volar parecía estar bastante sereno, veo que cierra los ojos y le doy la mano, cuando lo hago abre sus ojos y me mira. Deja un gran silencio entre nosotros pero el fuerte sonido del avión despegando es lo único que sentimos en nuestros oídos.

La cosa se calma y cuando conseguimos que nuestros nervios se fueran de nuestros estómagos fui al baño ya que vi que se apagó la luz y cuando volví ahí estaba tomando un Té mientras rellenaba unos papeles.

— ¿Qué haces? — **P**regunta mi curiosidad.

— Preparando un contrato de trabajo para mi carnicería— **C**ontesta serio.

— ¿Y para quien exactamente?

— Verás, no te he sido sincero del todo. Este contrato de trabajo es para una amiga mía que vive aquí en Roma y me comento que estaba en el paro y me gustaría que trabajara conmigo— **D**ice y me deja patidifusa.

— ¿O sea que hemos venido para recoger a tu amiguita? Esto es increíble— **D**ejo los ojos en blanco y me echo hacia el lado de la ventana.

— Sí, pero también hemos venido a ver Roma, sé que te haría ilusión verla por eso te dije que vinieras conmigo.

— ¿En serio? ¿Por eso, o porque te dan miedo los aviones? — **P**regunto levantando una ceja.

— No trates de vacilarme.

— Lo mismo te digo, y ahora si te importa me voy a dormir y no me gustaría que nadie me despertara hasta que llegemos a recoger a tu amiguita— **D**igo con una vocecilla.

Me pongo cómoda y cierro los ojos, noto su mirada encima de mí pero no le hago caso pero abro un ojo y su mirada perturbada seguía mirándome.

— Deja de mirarme.

— ¿Es una orden? — **M**e pregunta su ronca voz

— Por supuesto— digo con los ojos cerrados y sonriente pero de repente siento unas de sus fuertes manos agarrar fuerte mi cuello y apoyarme en el respaldo de mi asiento delante de todo el mundo, aunque ese agresivo acto no me paraliza para nada, me hizo gracia.

— ¡Vale, vale lo retiro! — dije a carcajadas dejándome su perfume en mi cuello.

— Ya me imaginaba yo— dice con chulería este mientras todos nos miraban con cara de preocupación.

Paso una hora y siento como el destructor de Edgar posa una manta por encima de mí y me besa la frente susurrándome “Mi celosa”, eso me ruborizo pero no actúa ante semejantes palabras. Sentía mis mejillas rojas y un escalofrió seco recorrió todo mi cuerpo en décimas de segundo.

El piloto nos informa de que pronto aterrizará y este asustado por su gran fobia me despierta para que me ponga el cinturón, le hago caso aun que le sigo mirando con cara seria por decirme que vendríamos a Roma a recoger a su amiguita.

El avión da un buen aterrizaje y cuando el motor se apaga veo como este se toma una pastilla para los nervios antes de nos, me mira y quita la mirada de él. Nos levantamos y me cede el paso, cojo mi maleta y cuando esperamos a que abran las puertas, cuando las abren camino deprisa hasta la puerta dejando atrás a Edgar. Pero mis torpes pies tropiezan por la rapidez y caigo al suelo junto a mi maleta. Cuando alzo la vista hacia arriba ahí estaba Edgar mirándome con esa picarona sonrisa.

— ¿Te ayudo? — No contesto y lo hace, me levanta del suelo y nos dirigimos juntos hacia la puerta, este se despide de las azafatas y yo hago lo mismo avergonzada por mi cuídame coloco bien los pelos y bajamos por las escaleras del avión. Entramos al aeropuerto de Roma, nada más entrar no le quito ojo a todo lo que me rodeaba. Salimos por la otra gran puerta y veo que saca unas llaves.

— ¿Y eso?

— Las llaves de nuestro coche— le miro levantando una ceja. —Es el coche de Roma, mi amiga que me ha dejado su coche.

— ¿En serio su nombre es Roma? Ya lo que me faltaba— digo adelantándolo poniendo los ojos en blanco.

— ¿Celosa? — me pregunta sonriente.

— Es un nombre muy peculiar— digo alocando mi cabello con un movimiento sexy. — ¿Cuál es su coche?

— Ese de allí— Señala un Volkswagen mini color azul.

Voy a cruzar la calle pero Edgar me detiene ya que venía un coche a mil por

hora, me asusto y me detengo aunque este en verde.

— Tienes que tener cuidado aquí los coches van como locos y de nada por haberte salvado la vida.

— Nadie te lo ha pedido— **D**igo creídamente mientras me monto en el coche. Arranca y se pone sola la radio sonando *I Put A Spell On You* de *Annie Lennox*, me pongo el cinturón y se lo recuerdo a este.

— Parece que tu fuerte no es ponerte a salvo.

— Y parece que tú tampoco— **M**e dice sacando una maléfica sonrisa y un levantar de cejas.

Ambos sonreímos y disfruto del agradable sol que queda dibujado en el azul cielo y bajo la ventanilla y saco la cabeza y de nuevo noto su mirada en mí, sonrió dejando al aire libre mi boca roja. Le echo una picarona mirada y enseguida me reclama.

— Trae para acá esos labios rojos— **N**o le hago caso y enseguida saca a la luz su lado salvaje cogiéndome de los pelos y llevándome hacia él.

— Eres un salvaje de mierda.

— Y tú la puta más rica que he probado en mi vida— **L**e oigo decir eso y le pego un guantazo.

— Dime que no has hecho lo que yo creo....

Aparca el coche en una bonita casa color miel y baja del coche enfadado pegando un portazo, me bajo y lo miro yo también seria, cojo mis maletas y voy detrás de él sintiéndome culpable por la guantada que le había metido. Abre la puerta y entra antes que yo.

— Ven, te enseñaré tu habitación.

— ¿Mi habitación? ¿No vamos a dormir juntos? — **L**e pregunto.

— No— contesta frío.

Llegamos hasta donde sería mi habitación, era oscura de cama pequeña y muebles ausentes de brillo y pureza. Los miro de reojo y acto seguido le miro igual a Edgar.

— Bonita habitación— **L**e digo sacando de flaqueza la mejor sonrisa que podía mostrarle en ese momento.

— No te quejes.

— No me estoy quejando, solo digo que es bonita la habitación— **L**e vacilo y me echa una de sus miradas.

Se sale de la habitación y en la distancia me dice que me arregle que saldríamos en cuestión de minutos para ver la ciudad y sus maravillosos monumentos. Me miro al espejo y veo mi cansancio rostro, me rasco los ojos y veo que me había restregado el maquillaje. Eso me frustra y resoplo, me acerco hasta mi neceser y cojo mi rímel para retocarme de nuevo.

Me mete prisa y cuando le doy una voz y ponerme zapatos cómodos voy hacia él, me da paso y salgo de la casa, este viene por detrás y cierra la puerta con llave.

— ¿Dónde está tu amiguita?

— Deja de llamarla así. Se llama Roma y está trabajando.

— Vale no te enfades, enfadica— digo poniéndome las gafas de sol mientras observo toda la belleza que me rodeaba.

Este me observa sonriente y me da una manotada en el culo, le miro avergonzada ya que lo había hecho delante de una pareja de ancianos que paseaba por allí, persigue mi mano y cuando la toma me sorprende, el que haga eso en público me parece tan extraño como excitante. Me apasionaba su tacto y su mirada tentadora pero ausente hacia que mi corazón fuera a cincuenta por hora.

— Vaticano te presento a Candela, Candela te presento a el Vaticano— dice este mientras observo tan de cerca aquel monumento histórico tan bonito.

— Madre mía, no me dijiste que tu amiga vivía justo al lado del Vaticano— digo bastante sorprendida.

— Ni a ti ni a nadie— dice con chulería mientras le miro ranciamente.

— Ven por aquí, vamos a entrar por la parte de atrás.

— ¿Cómo? ¿Qué puerta de atrás? — Pregunto confusa y asustada.

— No todo el mundo puede entrar a sitios como este, pero no todo el mundo tiene la suerte que tengo yo— dice y me deja los pelos de punta.

Llegamos hasta la puerta de atrás y vemos como dos seguratas nos dejan pasar. Le miro asombrada y nos adentramos en aquella maravilla.

— ¿Por qué te dejan pasar? ¿Qué has hecho ya?

— Cariño, a mí me dejan pasar al sitio que quiera. Soy el amo de mi destino.

— ¿Y del mío también, no? — Pregunto sonriente.

— Por supuesto, me alegra que lo vayas reconociendo.

Cruzamos por pasillos religiosos de lo más interesantes y ese olor a incienso limpio que columpiaban las paredes, abre una puerta de rejillas de hierro y me cede el paso, acepto temblorosa y con la melatonina por las nubes. En frente de mí veo un



sofá de terciopelo rojo apoyado en una pared que separaba un órgano bien grande y hermoso de nosotros.

— ¿Qué hacemos aquí?

— Lo que tú quieras— Contesta con su ronca voz mientras se acerca a mí.

Me besa entrelazando sus dedos por mi oscuro cabello, deja de besarme y siente mi fuerte respiración y me coge de los pelos y me tira agresivamente al aquel sofá, me coge de una pierna y me quita uno de mis zapatos, me arrastra hasta él y me vuelve a besar salvajemente. Eso me encanta, siento florecer mi sexo y lo húmedo que esta. Me levanta y me pone de rodillas en el sofá y me pide que me dé la vuelta, accedo a sus órdenes y noto que se aleja de mí y abre una puerta que había justo detrás de nuestra escenita, oigo como atrae hacia mi algo, oigo sus ruedas cada vez más cerca, lo miro de reojo asustada pero excitada y su rostro serio impone mi presencia cuando destapa aquel instrumento sexual tan grande.

— ¿Alguna vez te has montado en una cosa de estas? Ya contestaré por ti: en la vida— Me susurra al oído rodeando mis caderas con sensualidad y cuidado levantándome del sofá. Me desnuda empezando de abajo hacia arriba, ve como mi vello esta de punta y besa mi piel tranquilizando a mis músculos, me muerdo el labio inferior y disfruto de los besos que recibo.

Llega a mis pechos y tras besarlos y tocarlos locamente me invita a montarme en aquel columpio sexual tan excitante en un lugar tan pulcro y sofisticado como el Vaticano. Me monto y me espatarro para él, mi cara queda mirando para el sofá de terciopelo y mi desnuda espalda queda a disposición de Edgar.

— Eres mi pecado, mi plato prohibido, solo mía— Me susurra agarrándome fuerte de los pelos ,estirando mi gaxnate para escuchar sus perversiones, eso encoge mi corazón pero antes de poder reaccionar ante sus semejantes palabras me columpia fuerte para adelante dándome un pequeño susto ya que no me diría cuando una a empezar a hacerlo.

Me columpia y recibo la primera embestida, eso me incomoda, estar en esa posición y no poder ver que sería lo siguiente. A la tercera y la cuarta ya me voy haciendo una idea de por dónde haría esto y me encantaba. Agarraba mis pechos y el descontrol de mi pelo suelto agotaba mis gemidos, chirriaba mis dientes y me agarraba con fuerza a las cuerdas tirantes de aquel instrumento. Noto cada vez su asalto a mi cuerpo, sobrepasando todos los límites de la naturaleza, recibo uno y dos cachetadas y siento arder todo mi cuerpo, unas zonas más que otras. Eso me hacía entrar en constantes escalofríos y detenía mi mente, no dejaba avanzar a mis pensamientos.

Noto como se corre dentro de mí y cuando lo hace la embestida es tan grande que me columpia hasta el sofá y me quedo agarrada en las rejillas que nos separaba

del órgano de música haciendo que mi suspiro apagara unas de sus velas que adornaban el órgano.

Acabamos y cuando nos estamos vistiendo Edgar recibe un mensaje de Roma ,su amiguita, que ponía “¿Dónde estáis?” Veo que le escribe y mi rostro se vuelve serio pero voy hacia él y le cojo de las caderas atrayéndole a las mías, le beso en la boca y se retira poco a poco.

— Roma nos está esperando.

— ¿Qué ganas tiene de verte, no?

— De vernos a los dos, no seas paranoica.

Nos vestimos y con las prisas de este salimos de patitas, como si ahí no hubiera pasado nada, como si no hubiéramos follado como animales, como degenerados en busca de lo prohibido. Así es como hace las cosas este hombre, sin control, sin una ley le corta el paso. Le doy la mano pero esta vez el frío y tímido es él, esperamos en un semáforo y le abrazo, me aferro a sus encantos y este sigue sin expresarse después de todo lo que me a echo en aquella salita del Vaticano.

— Me ha encantado lo que hemos hecho— le digo en voz baja para que no nos oiga nadie, me daba tanta vergüenza.

— Y a mí— **me** contesta sin mirarme a la cara. Su rostro seguía serio y eso me preocupaba.

Llegamos a la casa, la noche había caído y mi barriga sonaba brutalmente, me agarro a ella y este abre la puerta, justo cuando entramos vemos que esta todo el pasillo lleno de velas encendidas, nos conducían hasta el comedor donde se encontraría esa tal Roma desnuda con una máscara de gato de cuero roja y una corbata negra que separaba sus pechos. Se encontraba sentada en una silla con las puertas cruzadas y encima de la mesa.

— Bienvenidos— **d**ice está levantándose. —Vaya que guapa es, soy Roma — **me** ofrece su mano para estrecharla y le ofrezco la mía mucho más incómoda que antes.

— Hola, soy Candela, vaya pelirroja— **d**igo observando a Edgar.

— Vaya morena, a Edgar les suele gustar más las rubias pero veo que a echo una excepción.

— Bueno, por lo que veo también le van las pelirrojas. Tiene una gran variedad de selección-Le digo sonriente mientras me voy para mi zulo.

— Ella y yo solo somos amigos— **d**ice este observando de arriba abajo a su compañera. —Roma haz el favor, vístete. Tenemos visita— Ésta le hace caso y

Edgar va hasta mi habitación, abre la puerta sin pedir permiso y entra.

— ¿Qué haces? Me estoy cambiando, un poco de respeto— **D**igo sería e impongo en esta relación mis derechos.

— Deja de comportarte como una cría malcriada, tus celos son nulos, deja de hacer el tonto, a mí me gustas tú y ella es... — **L**e corto y digo: — ¿La guinda del pastel?

Un silencio hace ambiente entre nosotros y Edgar me da un beso en la frente cuando un “*Tock Tock*” suena en mi puerta, era ella incitándonos a la cena.

— No sé si quiero saber cuál será nuestra cena.

— Ella cocina muy bien— **D**ice y hago un levantar de cejas.

Salimos del cuarto y ahí estaba esperándonos en la mesa ya vestida, con un vestido rojo con flores y el cabello bien dislocado, mi instinto primitivo podía oler como aquella zorra quería atraer algo que no era suyo o tal vez me estuviera perdiendo algo que no estaba escrito pero si pensado y echo.

Me siento al lado de Edgar y este incomodo por lo que había sucedido antes trata de calmar el ambiente preguntándole sobre su trabajo y como estaba su familia.

— Roma y yo fuimos al instituto, juntos.

— Pues, sí que hace tiempo que os conocéis, ¿no? — **D**igo y por la cara que pone sé que le ha molestado.

— Solo tengo veinte y seis años, tú eres muy joven, ¿Tus padres saben que estas aquí? — **M**e pregunta la muy zorra. Me quedo callada por unos minutos y me atrevo a contestar:

— Y tus padres, ¿saben qué haces cosas como las que has hecho antes?

— Candela por favor...

— Hay cosas que unos padres no pueden saber de sus hijos. Ya lo entenderás cuando seas mayor— **M**e suelta la lagarta ésta.

— Prefiero no entenderlo— **L**e saco una sonrisa y Edgar disgustado nos pide que paremos de una vez.

— Hay que ver como sacas las uñas por Edgar. Eso me gusta— **B**aja la guardia y aunque yo no le contestara hago lo mismo.

— Ya está bien, ¡ya basta! Parecéis dos crías. Ahora quiero silencio durante toda la cena y no quiero protestas, ¿me habéis oído? — Se impone y pone firmeza en la mesa.

— De acuerdo papá— Me mofo ante su cabreo y este me mira con peor mirada felina.

— Candela, vete a tu habitación— Me ordena serio el Edgar.

— ¿Cómo? — pregunto confusa.

— No te lo voy a volver a repetir, estás castigada.

— Esto no tiene gracia, Edgar. No me pienso ir... — digo y me corta diciendo:

— No hagas que me levante, Candela— Retira la mirada de mí y cierra el puño.

Trago saliva y boquiabierto y con el corazón engarrotado le hago caso y me levanto, cojo rumbo hasta mi habitación y pego un portazo. Comienzo a llorar y pongo la oreja en la puerta para ver lo que decían. Oigo como Edgar le manda a su habitación también a ella y esta le hace caso como si todo lo de su alrededor fuera suyo y tuviese el control de todo. Esto me parecía tan extraño, me daba miedo.

Me tumbo en mi cama y me seco las lagrimas, sin tener en cuenta la hora cierro los ojos y mantengo la calma en mí, sabía que si perdía los papeles Edgar perdería aún más sus estribos y eso no lo quiere nadie. El abrir de la puerta de mi habitación me despierta, veo como entra Edgar y me pongo mirando para la pared a fingir que sigo durmiendo. Oigo que cierra y se aproximó hasta mí, se sienta en mi cama y me acaricia el costado hasta llegar a mis caderas.

— Sé que estas despierta— Me dice pero no le contesto, no quiero hacerlo. Inclina su cara y me besa el hombro con intención de despertarme.

— ¿Qué quieres? — le digo tan arisca.

— Besarte. Te deseo.

— Pues yo a ti no, no tengo ganas— dije con un par de narices.

— No te creo, me estás mintiendo porque estás celosa de Roma. No me gustas que saques ese lado de niñata— Me doy la vuelta y le miro descaradamente.

— ¿Cómo te atreves a decirme eso? Si no te gusta que me comporte como una niñata no te hubieras liado con una, que ya eres mayorcito para hacer estas cosas— le digo con la peor de las intenciones al borde de su cabreo.

Me coge de la cabeza y me besa, no deja que termine la frase, no me lo permite. Sus labios atacan a los míos y eso me excita, me coloca en un estado de confusión verdaderamente extraño. Tras lo que había echo seguía deseándole y cuando me atrapa de esta manera lo amaba aún más. Es el amor más extraño que ha existido y

que existirá jamás.

Me quita la ropa poco a poco y en cada movimiento que realiza me provoca y me susurra con su voz ronca que me desea y que se moría por hacerme el amor una y un millón de veces. Cuando veo que la maldita de Roma no nos interrumpe en ningún momento me alegro y disfruto del desnudo y fuerte cuerpo de Edgar que choca con el mío las veces que deseábamos. Gimo y gemimos juntos hasta decorar las paredes de un eco que presionaba las sábanas y balanceaba las patas de la cama. Estira mi pelo y chirrió mis dientes y su mirada como de costumbre, depredadora y tentadora de morder toda mi carne y chupar mi lacia piel, tiritando mis poros y aferrándose a mis caderas.

Noto como frunce su ceño y excitada le pido que se corra encima de mí, mis palabra lo excitan y cuando menea con rapidez mi cuerpo la saca y explota sobre mí, noto como su caliente semen recorre todo mi pecho hasta rozar la comisura de mis labios. Eso me pone a mil y jadeo ante su erecto pene que seguía apuntando hacia mí. Me ve tumbada, se inclina hacia mí y me besa, me besa con pasión como si nunca hubiera plasmado en mí su mal carácter, me pide que nos duchemos y asiento con la cabeza, no nos vendría nada mal una ducha de agua caliente. Después de ducharnos la cama nos mira, vamos hacia ella y me abraza reclamando un cariño no carnal.

A las 03:00 de la mañana, mi secos labios se relamen una y otra vez, me incorporo y miro a Edgar durmiendo profundamente, le beso en la mejilla y tras observarle dormir me levanto y voy a por un vaso de agua. Abro la puerta despacio, esperando no despertar a la otra, camino de puntillas, descalza. Llego hasta la cocina cojo un vaso de agua y me quedo ahí bebiéndomelo, bostezo y cuando decido irme de allí veo que la lamparita del salón se enciende.

— Hola— **Me** dice Roma dándome un susto de muerte.

— ¡Joder Roma! — **do**y un pequeño salto.

— Lo siento, no quería asustarte. Eso no es lo mío— **Me** dice acercándose a mí.

— No te preocupes— Trato de irme pero sus palabras me detienen.

— ¿Sabes? Me cuesta decirlo pero... estoy celosa. Hacéis tan buena pareja...

— dice y me inquieta.

— No tienes por qué estar celosa, yo entiendo que seas muy buena amiga de él.

— Lo sé, ha pasado tanto tiempo, pero quiero que sepas que tú también me importas— **me** dijo Roma acariciándome la cara y besándome en la boca.

No me podía creer lo que estaba pasando, ¡me está besando!

— ¿Qué haces? — Pregunto separándome de ella.

— No te asustes cariño. Sólo es un beso— Sonríe como si no hubiera pasado nada.

— Lo... lo siento Roma. Es que a mí no me gustan las mujeres— le dejo claro.

— Lo entiendo, aunque no sabes lo que te pierdes— dice finalmente mientras se larga a su habitación.

Fascinada por lo que había sucedido voy directa hacia la cama, dejo el vaso encima de la mesita y me meto en la cama, me aferro al brazo de Edgar y me tapo la boca pensativa. ¿Qué demonios había sucedido?

## CAPÍTULO 13

El día se despierta sereno, claro y el sol parece entrar por la ventana. Desnuda entre sábanas noto la mano de Edgar acariciar mi cabeza, abro los ojos pero aun así disfruto un poco más de sus caricias, eso me gusta, me enciende y revoca aún más ganas de amarle.

— Despierta pequeña.

— Cinco minutos más— le pido entre bostezos.

— Eso ni hablar, hay que hacer cosas hoy o sino la casa nos tragara— Me dice y frunzo la mirada.

— Señorita, contaré hasta tres y como no te hayas levantado de ahí...

— ¿Qué? ¿Qué harás? — Pregunto incitando sus deseos más privados.

— Te comeré enterita...— dice mordiéndome un pie.

— ¡Guarro! — le grito apartando mi pie de su boca y sin querer le doy una patada en la boca. Gira su cabeza y tapándose la boca sonrío mientras me disculpo por lo sucedido.

— Niña mala, no sabes lo que has hecho— Me dice y me retira rápido las sábanas dejando mi desnudo cuerpo a merced de sus manos. Me coge en volandas como si fuera un saco de patatas que se echa a la espalda y sale de la habitación. ¡Qué demonios iba a hacer!

— ¡Edgar noooo! — grito tan avergonzada ya que había salido de la casa conmigo desnuda a sus espaldas. — ¡Edgar por favor méteme en la casa te lo ruego!

— Dame tu palabra de que jamás harás algo parecido— Me pide el degenerado de Edgar en mitad de la calle mientras me tapo mi colorada cara.

— ¡Edgar por el amor de Dios! ¡Méteme en la casa!

— Esa no es la respuesta— me dijo dándome una manotada en mi cachete.

— Vale, lo siento mucho, Edgar. Por favor— digo esto último entre risas de nervios y por el frío que estaba pasando en mi desnudo cuerpo.

— ¿Quién es tu amo? — Me pregunta y mi vello se me riza por momentos.

— Tú— le susurro en voz baja tan avergonzada aprovechando que mi cabello rizado y largo me tapaba la cara.

— ¿Quién? — Me pregunta dándome una cachetada más fuerte que la anterior. Noto como me da dos cachetadas más fuertes y gimo de dolor.

— ¡Tú, tú eres mi amo! — digo en voz alta ya que la vergüenza que estaba pasando era extrema.

— Así me gusta— Me dice sonriente mientras entra conmigo a cuestras en la casa.

Me deja en el suelo y salgo corriendo para mi habitación. Cierro la puerta y me quedo de pie apoyada en la puerta con las manos en la boca sin creerme lo que había echo el carbón de Edgar.

— Hijo de perra... — Pronuncio en su ausencia mientras cojo algo para ponerme.

— Querida, ponte algo bonito iremos de paseo— Oigo decir a Edgar tras la puerta.

Me pongo un vestido a rallas blancas y negras, echo laca a mis rizos y maquillo mi cara plasmando en mis labios ese rojo carmín que tanto le gustaba a Edgar. Salgo de mi habitación y la tentadora mirada de Roma estaba encima de mi constantemente, eso me asustaba y me inquietaba por momentos. Este abre la puerta y nos deja pasar a las dos, avergonzada le miro y sigo a Roma, Edgar me mira de reajo y me da una manotada en mi culo.

— Subiros. Esta vez conduzco yo— dice Roma con esa mirada picarona que incitaba a cualquiera al pecado mortal.

Nos montamos y Edgar se pone delante con ella, los veo sonrientes y frunzo la frente, aparto la mirada de ellos y miro por la ventana. Aún que las vistas son impresionantes no paro de pensar en la buitre que conducía sobre todo en aquel beso que me dio anoche. Lo veo todo tan raro. Las vueltas que daba me producía nauseas pero enseguida esta aparca de sopetón dándome de nuevo un susto.

— Ya estamos aquí chicos— dice sonriente mientras nos bajamos del coche.

— ¿Estás bien? — Me pregunta Edgar dándome la mano.

Asiento y en cuanto me da la mano se con certeza que no se la soltaría durante todo el trayecto que hagamos, ¿durante nuestra vida? Eso aún no lo sabe nadie, pero disfrutare como nadie este paseo junto a él.

Nos acercamos a la gran plaza Esquelino donde había personas bailando tango y cientos de personas alrededor de aquellos bailarines, vemos como Roma se acerca hasta ellos y nos arrastra a verlos también. Conseguimos ponernos en primer lugar. Terminan de bailar y todos aplauden, saludan al público y el bailarín pregunta a varias chicas del publico si se atrevían a bailar con él un Tango, estas dicen que no, se echan para atrás avergonzadas, vemos como Roma levanta su mano y camina hacia ,se



presenta y esta le ofrece su mano. La música *El Tango de Roxane de Moulin Rouge*. De repente Roma se empieza a mover como si fuera una bailarina profesional, esos desliz de pierna, su rapidez y mirada felina, la delicadeza de hacer flotar a su público. Mueve sus caderas, despeina su cabello y deja que el bailarín la mueva de lado a lado, sintiendo la música, era todo tan apasionado que mi corazón palpitaba con cada giro que realizaba, la música sonaba cada vez más fuerte. Aprovecho la ausencia de Roma y dándome prisa antes de que se terminara el baile, inclino la cabeza y en voz baja llamo a Edgar.

— Edgar, hay algo que quería decirte— **d**igo tan nerviosa.

— ¿Qué es?

— Es que no sé cómo decírtelo...

— ¿Candela, qué has hecho? — **m**e pregunta con esa voz seria y ronca.

— Anoche me levanté a por un vaso de agua y tu amiga... tu amiga Roma me besó— Suelto después de haber tragado mil veces saliva.

— ¿Que te beso? ¡Maldita zorra! — **m**e coge de la mano enfadado y nos vamos de allí.

— Edgar tranquilo, por favor no te enfades con ella— **l**e pido tan asustada de que pudiera hacerle algo.

— ¿Es que no lo entiendes? Solo yo te puedo besar, tocar, nadie más, ¿lo has entendido? — **m**e dice agresivo, dejando a simple vista sus enfadadas venas de la cabeza. Me lleva hasta la casa y como Edgar tenía una copia de la llave entramos y me pide que haga mi maleta, asustada le hago caso, aislada pienso en que no tendría que haberle dicho nada, todo se había ido al garete por mi culpa. Oigo como Roma viene a casa y comienza a discutir con Edgar, se oyen golpes y salgo rápido de la habitación. Pero al hacerlo veo como se estaban besando, notan mi presencia y paran.

— Edgar... — **d**igo tan disgustada. Me doy la vuelta y regreso a mi cuarto, voy a cerrar la puerta pero el pie de Edgar se pone en medio de la puerta y entra.

— Candela... escúchame.

— No pienso escucharte nunca más, eres un cabronazo de mierda. Primero te enfadas porque tu amiguita me beso anoche y minutos después te estas morreando con ella, ¿de qué coño vas? — **d**igo entre lágrimas.

— Puedo explicártelo...

— No quiero que me expliques nada— **e**vito sus brazos, sus caricias y me arrincono de su presencia.

— Escúchame de una maldita vez cariño— Me tumba en la cama y se pone encima de mí y me acaricia la cara. —Ella sólo es sexo, un juego. Entre nosotros hay algo, Candela. Sabes que te amo, que eres mía y por siempre— Me dice y no sé cómo tratar de comprender esas palabras pero acabo creyéndome ese tono y mirada tan venenosa y picarona.

Me levanta de la cama y me seca las lágrimas, me pongo de pie y lo abrazo.

— No sé qué quiere Roma de nosotros... — Se me vuelve a escapar una lagrima y cae por mi mejilla.

— Os quiero a los dos— dice esta por detrás y ambos le miramos sorprendidos.

Se acerca a nosotros y me besa delante de las narices de Edgar y este no hace nada, me pone un mechón de pelo por detrás de la oreja mientras me beso con ella y ahora le toca a él, le besa a él y por un momento no me importaba deseaba mi turno con ansias. Roma comienza a desnudarme y Edgar a desnudar a Roma, cuando estamos las dos completamente desnudas desnudamos a Edgar, nerviosa pero llena de placer hago lo que ella hace, le baja los pantalones y su erecto pene llega solo hasta nuestras bocas que estábamos a su altura, de rodillas le damos el placer que está dispuesto a recibir. Acoge a nuestras bocas y desde su expectativa, observaba hambriento parecer. Después de saborearlo subimos y estos dos me miran esta vez a mí.

Me tumban en la cama, Edgar sujeta mis caderas fuerte y me atrae hasta el, me penetra y mis ojos en blanco sienten el tacto de Roma en mis pechos, los saborea y llega hasta mi boca. La lengua de Roma juguetea con la mía, confusa me dejo llevar por mis hormonas, jamás pensé que podría hacer algo así, sentir ese hormigueo en mis pies me hacía transportarme a otra dimensión. Noto como Edgar no me quita la mirada de encima eso me inquieta. La otra sigue su ritmo y este y yo igual pero al revés de ella Edgar y yo sentíamos una conexión especial.

Después de cometer esta locura, el trio esencial nos quedamos dormidos los tres en el mismo sitio, en nuestra cama, abrazada a Edgar lo miro y comienzo a llorar, me arropo en sus brazos y agacho la cabeza. No puedo controlar mi respiración y este me nota mal.

— Candela— Oigo que pronuncia mi nombre y lo miro. — ¿Qué te pasa?

— Prométeme que nos iremos mañana de aquí, por favor— Le pido ya que siento la necesidad de volver a estar con mi familia.

— De acuerdo, mañana mismo nos iremos. Ahora descansa— Me besa mi frente y me abraza.

## CAPÍTULO 14

Agarro con firmeza mi maleta y me despido de Roma, pero no la de carne y hueso, esa se venía con nosotros para trabajar en la carnicería de Edgar donde se quedaría a vivir con él durante una temporada. Eso me inquietaba y me reconcomía por dentro pero debía controlar mi sed de celos por un instante. Aun sabiendo que yo también le gustaba a Roma. Me despido de Edgar y juramos vernos en un diablo beso lo abrazo y me quedo con su aroma en mi nariz, me encantaba sentirlo tan de cerca. En la distancia me despido de Romano quería abrazarla, ni besarla, solo una fría mirada y en la suya veía un clarísimo “*Hasta luego*”. Entro en mi casa y ahí estaba mi padre comiendo con mi tío.

— ¡Papá! — Voy hasta él y lo abrazo bien fuerte.

— Hija mía, te he echado tanto de menos— Me abraza y parece no soltarme nunca de sus brazos.

— Pareces contento— Le digo y eso me alegra.

— Sí, tu tío me ha estado ayudando mucho desde que tu madre se fue— Me dice y es ahora cuando recuerdo que mi madre nos abandonó, mi cara cambia por momentos y lo vuelvo a abrazar.

Saludo a mi tío y voy directa a dejar mi maleta, por el trayecto de las escaleras recuerdo aquel momento del Vaticano y el desliz sexual con Roma y cierro fuerte los ojos, llego a mi cuarto y sonrió, dejo mi maleta y me echo en mi cama. Tumbada en ella veo una fotografía de mi madre y yo abrazadas cojo y me la pongo en el pecho. Respiro profundo mientras mantengo los ojos cerrados y luego la coloco en su sitio.

Salgo de mi cuarto y voy al de mi madre, respiro el perfume que dejo en cada rincón y siento que sigue ahí, de repente me imagino cuando le ayude a decorar su habitación y pasábamos la tarde juntas aquí. Camino hasta su pequeño balcón y me asomo, desde ahí veo como Edgar entra en su casa con Roma, están sonrientes, diría que nunca, jamás había visto esa mirada en él. Cierro la persiana y bajo en busca de mi padre lo veo tumbado en el sofá echando la siesta ya que mi tío se había ido ya para su casa, lo tapo con una manta y le beso en su mejilla.

— Tranquilo papá, ya estoy aquí— Le digo en voz baja.

Me pongo los cascos y dejo sonar en mis oídos la canción *Love On The Brain* de *Rihanna* y comienzo a hacer cosas de la casa, últimamente después de todo mi padre lo tenía todo echo un desastre y para mí no era un problema arreglar esto pero con cada paso que doy me acuerdo de mi madre. Mi boca sonrío al recordar aquellas tardes en el cumpleaños de mi padre cuando no le gustaba nada celebrarlo y le

preparábamos una tarta de queso con arándanos y manchaba la nariz de mi padre con un trocito de tarta.

Canto y bailo la canción de Rihanna y feliz sigo haciendo cosas, veo toda la basura que había en el trastero, resoplo y me subo los guantes de fregar que seguían en mis manos. La saco y voy hasta el contenedor, sigo con los auriculares puestos y sigo tatarando la preciosa canción, se había repetido pero no me importaba me encantaba. Pero una voz hueca suena por mi espalda. Me doy la vuelta y era aquel medico amigo de mi padre.

— Hola Candela, ¿cómo va todo por casa? — Me saluda amablemente.

— Hola doctor, las cosas están mas calmadas pero se le echa muchísimo de menos a mi madre, Dios sabrá donde se encuentra— Digo peinándome los mechones de pelo que se me sobresalían del moño.

— Seguro que se encuentra bien, no te preocupes por eso. Candela me gustaría comentarte algo en privado, ¿si le parece quedar esta noche en el Bulevar Café? — Me pregunta y yo nerviosa digo que si aunque mis ojos miraban para todos lados.

Se larga el doctor más sexy que habían visto mis ojos y angustiada porque me hubiese visto Edgar me largo corriendo, llego a mi casa y cierro deprisa la puerta. Noto como mi frente suda y mi garganta no para de tragar saliva. Noto mi espalda cargada de estrés y tras ver como estaba mi padre lleno la bañera y enciendo unas cuantas velitas aromáticas, me desnudo y en la red del baño queda reflejada la sombra de mi desnudo cuerpo, dejo mi cabello recogido en el moño y me meto en la bañera. Al introducirme en el agua caliente siento paz, mis músculos se relajan y mis ojos se cierran del cansancio. Sin darme cuenta me quedo dormida ya que de fondo tenia música relajante, el ambiente podía con mis ganas de desconectar.

Mi miedo se acumulaba en mi subconsciente y soñé tener toda la bañera llena de sangre y en la otra extremidad de la bañera Edgar mirándome fijamente, parecía estar cabreado conmigo. Balanceo la cabeza intentando despertar de esta terrible pesadilla pero no lo conseguía, este se reía y yo chillaba de dolor, un dolor que iba directo a mi pecho.

Me despierto tosiendo respirando fuerte con una gran ansiedad, termino de bañarme y salgo, me coloco alrededor de mi desnudo cuerpo una toalla y cuando lo hago veo escrito en la ventana tras el vapor de la ducha: “*Con él no se juega*”. Frunzo el ceño y tras leer eso mi piel queda congelada, retiro lo escrito con la mano y tras mirar a mi alrededor asustada veo como Roma me observa desde la calle y luego se va. Pensativa me quedo mirándola hasta que se larga.

Me visto y cuando termino de cenar algo cojo mi bolso y me despido de mi padre, le digo que voy a salir con las chicas que hacía mucho que no salía con ellas y se tranquiliza. Le doy un beso y me largo, no quería irme muy tarde a aquel sitio

donde había quedado con el Doctor. Lo veo sentado en unas de las mesas de la cafetería y los nervios vienen de nuevo a mi, me reflejo en la ventanilla de un coche y me repaso los labios, me retoco los pelos y entro. Voy hasta él y patosa como siempre pienso en no cagarla.

— Hola— **d**igo bien contenta y este se levanta.

— Hola Candela, vaya que guapa estas— **m**e hace un cumplido y me pongo más roja que un tomate.

— Muchas gracias— **m**e sale de la boca.

— He pedido para los dos, tortitas con sirope y un vaso de leche, ¿te gusta?  
— **m**e dice con esa mirada tan tentadora.

— Las tortitas me chiflan— **d**igo tímida mientras me muerdo los labios. Me quito la bufanda y dejo al aire libre mi estupendo escote, noto como me mira ahí y siento como mi cuerpo me arde, eso me hace ponerme aún más roja.

— Mi padre no me deja salir así a la calle, por favor no le diga nada.

— Tranquila, este será nuestro secreto— **d**ice sin tener en cuenta mis pechos por unos minutos. —Oye hay algo de lo que me gustaría hablarte, tú amigo Edgar...

— Sí, ¿qué sucede?

— ¿Estás saliendo con él o es solo un amiguillo? — **m**e pregunta con tanta educación.

— Nos estamos conociendo— Contesto con mi pizca de timidez mientras observo como la camarera nos pone nuestras tortitas con sirope.

— ¿Cómo de bien lo conoces? ¿Conoces a sus padres? — **m**e pregunta y hace sentirme incomoda.

— ¿Esto es un interrogatorio?

— Escúchame Candela, eres una chica joven llena de vida, quizás puedas viajar y estudiar fuera de tu entorno y conocer a nuevas personas.

— ¿Qué problema tienes con Edgar?

— Yo ninguno, ¿me ves con pintas de tener problemas con las personas?

— No pero todo el tan extraño es como si el mundo se pusiera en contra de él.

— Quizás pueda ser por algo— **m**e dice y me quedo pensativa, aferrándome al silencio.

— En tu mirada veo algo, tú sabes algo de él que yo no sé.

— Lo ves eres una chica muy lista, ve por ese camino— Me dijo pero cuando voy a contestar aparece Edgar en la cafetería y viene hacia nosotros. Mi cara es todo un poema y me quedo blanca.

— Candela, levanta de ahí. Nos vamos— Me dice tan enfadado Edgar.

— ¿Qué haces aquí? y... ¿Cómo sabías donde estaba? — Le pregunto confusa llena de temor.

— Candela cállate, coge tus cosas y ven conmigo— Sigue diciendo.

— No me pienso ir, estoy aquí hablando con el amigo de mi padre— le digo seria, no tenía nada de ganas de estar con él si me hablaba de ese modo.

— ¿Cómo? Candela levántate— Me vuelve a ordenar.

— He dicho que no, ¿es que no me has oído? — Le repito.

Sin decir nada se larga echándome unas de sus furiosas miradas y yo congelada me quedo ahí sentada a punto de llorar.

— ¿Estás bien? — Me pregunta y niego con la cabeza.

Después de la tormentosa visita de Edgar, este me invito a un capuchino y nos quedamos allí charlando hasta que cerraron la cafetería, luego me acompaño hasta la puerta de mi casa y ahí seguimos hablando hasta que un silencio corrompió entre nosotros y su fija mirada pervertía la mía.

— Candela...— Me dice pero algo en mi vio algo en él que hizo que lo besara justo delante de la casa de Edgar.

— ¿Qué haces Candela? ¿Cómo haces esto aquí? — Me pregunta quitándome de sus brazos y cuando lo hace veo como Edgar hecha la cortina de su ventana y se me engarrota el corazón. Hiperventilo y de repente siento que todo se ha ido al garete.

— Ven conmigo, no estás segura aquí— Me coge del brazo y me lleva con él.

— Mi padre... — digo asustada.

— Luego le llamas desde mi casa— Me dice y veo su preocupación en su rostro.

Me monto en su coche y veo el terror en su mirada, le pregunto qué sucede porque se comporta de esa manera pero esquiva mi pregunta todo el rato, arranca el coche y nos vamos de allí. Por un minuto pensé que este me podría hacer algo, secuestrarme por ejemplo. En mi cabeza pedía la ayuda de Edgar, cierro los ojos y siento la angustia bajar por mi gazonate.

Llegamos y este se baja rápido del coche, me abre mi puerta y me invita a entrar

en su casa, el frío traspasaba mis huesos y mi boca seca le pide un vaso de agua. Este me lo da y se frota las manos, esa noche habían bajado las temperaturas y no era muy bueno estar en la calle con este tiempo.

— Tú ponte cómoda— Me dice mientras enciende la chimenea. —Yo dormiré en el sofá tú en mi cama, si necesitas algo me lo dices.

— ¿Qué? ¿Voy a dormir aquí? ¿Por qué?

— Candela, deja de preguntar. Mañana cuando estemos más serenos te lo explicaré, yo llamare a tu padre— Me dice pero me levanto corriendo del sofá y voy hacia la puerta pero este me detiene.

— ¡Candela, quieta! ¡No puedes salir de aquí! — Me dice.

— Déjame por favor, ¿qué quieres de mí? — Lloro y el temor se apodera de mí.

— ¿Crees que te quiero hacer daño? Por Dios santo, Candela. ¿Cómo puedes estar pensando esto? Soy muy amigo de tu padre, tú madre es la madrina de mi hija Carol de siete años.

— ¿Mi madre? No me comentó nada.

— Lo sé, tu madre es demasiado reservada para sus cosas— Me dice aun que sus palabras no llegue a creérmelas del todo. —Sólo sé que corres peligro, pero yo estoy aquí y se lo que te estoy diciendo, mañana a primera hora buscaremos un vuelo para ti hasta Londres donde se encuentra mi mujer y pasaras allí unos cuantos días padre será informado de todo.

— ¡Joder Peter! ¿Qué coño está pasando? — Le pregunto angustiada y llorando pero este no responde se atasca al contestar. Se acerca a mí y me besa en la frente.

— Tú descansa todo lo que puedas, yo me quedaré despierto por si necesitas algo— dice y sin tener muy claro todo esto voy a su habitación.

Mis piernas me temblaban, no podía parar de llorar, me tumbo en la cama y me tapo la boca no quería que supiera que estaba llorando. Me acuerdo de mi madre y lloro más fuerte, sentía una gran punzada en el pecho, no sabía dónde estaría, que estaría haciendo y por qué de sus motivos para abandonar a su familia. Todo me parecía tan injusto.

Me quedo dormida y tengo un sueño leve pero intenso donde aparecía yo delante de un espejo maquillándome felizmente, primero mi Carmina base de la cara, el lápiz de ojos y el rímel. Repaso mis rizos con la espuma y desabrocho un botón de mi camisa para dejar mis pechos voluminosos al alcance de las miradas de aquellos

hombres que tanto me piropeaban cuando iba de camino a la carnicería de mi padre. Me llama mi madre y me veo obligada a abrocharme ese botoncito.

Bajo y ahí estaba mi madre con mi almuerzo como si se tratara de ir al colegio, le beso y le abrazo, le digo que no hacía falta, se lo repetía todas las mañanas pero ella siempre se molestaba en hacerlo. Era tan buena y atenta conmigo y sobre todo cariñosa. Me decía que tuviese mucho cuidado con esos chicos que tanto baboseaban por mis caderas, yo me reía pero tenía razón. Siempre intentaba evitar este tipo de conversaciones así que le decía que tenía prisa que si no papá me reñiría. Odia demasiado eso de llegar tarde al trabajo. Me besa y al salir por la puerta una ráfaga de luz celestial y ahí veo a Edgar asomado a su ventana sonriente observando cada parte de mi cuerpo. Todo parecía pasar a cámara lenta el viento alborota mi largo cabello negro y noto como algo sólido choca conmigo, era Edgar y es ahí cuando me despierto.

Cuando me doy cuenta alguien me está llevando en sus brazos, me rasco los ojos y veo que es Edgar sacándome de la casa del Doctor Peter.

— Edgar, ¿qué haces aquí? — digo asustada.

— Vuelve a dormirte cielo— me pide y yo enamorada lo hago en sus brazos.

Me saca de la casa del Doctor Peter y me lleva a la suya, me posa en su cama y mientras yo duermo este me observa por unos minutos. Me besa las mejillas, la frente, mis labios y el cuello. La habitación está a oscuras y solo la luz de las farolas de la calle hace visible nuestros rostros a través de la ventana de su cuarto. Abro mis ojos y lo siento tan cerca, está ahí.

— Edgar, te amo— le digo y este me besa en mis labios, se pone encima de mí me separa los brazos de mi cuerpo. Coloca sus frías y ásperas manos en mi cuello y comienza a apretar, abro mi boca sin creerme lo que está haciendo.

— Edgar... — Consigo decir a pesar de mi falta de aire.

Pero Edgar no paro, siguió haciéndolo, haciéndome daño, no parecía verse mucho dolor en su rostro, no expresaba ningún musculo de su puta cara. Apretaba y apretaba hasta que finalmente el malnacido escucho ese chasquido fuerte que hizo dislocar mi cuello de por vida. Mis ojos se quedaron abiertos, la punta de mi lengua parecía sobresalir de mi boca en busca de aire pero ya era demasiado tarde. Este cuando me había matado con sus propias manos, comenzó a desnudarme y a tirar mi ropa a una cesta.

Me coloca en una mesa larga de su cocina, y empieza a manosear todo mi cuerpo, incluso mi enrojecido cuello por su macabro esfuerzo por matarme. Su perverso y estrafalario morbo por su hazaña hace que con un dedo manchado de pintura negra pinto sobre mi mirada un antifaz como si del Zorro se tratara mi cadáver, después de decorar mi rostro saca de unos de sus cajones un hacha y comienza a despedazar mi piel extremidad por extremidad. Sacude mi cuerpo



empezando por los pies, cortado cada tejido, recortando mi carne caliente aun latiendo a simple vista todavía los nervios. Divide la carne de mi pierna derecha en trocitos no muy pequeños y los echa a una bandeja blanca salpicando todos los muebles cercanos a nosotros de mi caliente sangre.

Se le veía tan concentrado en esto, tan atento, parecía querer hacer bien esta tarea tan psicópata y atrevida, tan alocada y excitante al menos para el que lo estaba haciendo, yo a pesar de todo, a pesar de ser su cena seguía amándolo, así amamos las mujeres no tenemos fin.

Pasaron tres días y mi carne envasada se encontraba en una gigantesca nevera color roja que tenía en su desbande resto que sobró de mi cuerpo es mejor que no lo sepáis, hubiera preferido escoger esa elección. Pero por desgracia, por desgracia de la tentación no pude escogerla. Yo soy el cadáver, no el lector que está disfrutando o disgustado con esta historia.

Las neveras desprendían un olor fétido pero carnal, un dolor que según los carniceros como Edgar sabrían ocultar a sus clientes. Este se enteró de que este sábado sería la feria y todos los negocios del barrio promocionarían sus productos. Este hablo con el alcalde del pueblo sumándose también a la gran muestra en la feria.

Llegó el sábado y las calles estaban abarrotadas de personas de todas las edades, cientos de puestos se mostraban alegres ante sus compradores, daban muestras gratis y mientras la música de los altavoces del pueblo sonaban los peques daban saltitos disfrutando de ese olor a comida. Edgar ya tenía su puesto terminado, se puso su delantal de carnicero blanco el plástico y sobre todo su gran sonrisa, reviso sus carnes, sus estados, debía de estar toda la mercancía en perfecto estado, echo al aire un espray de agua con limón dándole a las carnes y al ambiente un olor especial. Se acercan una pareja de ancianos con cara seria y este les saluda, el hombre que descargaba la carne de Edgar para venderla le pidió a este que le echara una mano ya que algunas cajas pesaban muy oeste encantado y con una gran sonrisa acepta. Mientras tanto deja que sus clientes observen y caten su carne, o sea la mía.

Edgar se mancha el delantal y la cara del flujo rosáceo que soltaba la fresca carne de las cajas, y este enseguida saca de debajo del mostrador la camiseta fuccsia de mi madre y se limpia con rapidez la cara ya que unos de sus clientes le estaba hablando.

— ¿Es cordero? — le pregunta el buen señor de barba larga y blanca.

— El más puro y fuerte que conozco— le contesta voraz la sucia boca de Edgar.

— Debe de haber vivido muy bien este cordero, está tan tierno— añade sonriente el hombre.

— Este animalillo vivió mejor que muchas de las personas que rondan por

estas calles— dice el degenerado sobre mí.

El señor se decidió a comprar una parte de mí y Edgar de regalo le mostro con buen higiene parte del costillado de mi madre y el señor miro a su mujer y los dos sonrieron y aceptaron a comprarlo. Este lo peso y se lo puso para llevar. Vio cómo su negocio iba viento en popa, personas se acercaban hasta él para comprar. En la distancia vio a mi padre con cara seria mientras colocaba carteles de mi cara por el barrio, Edgar le miro y descarado cogió un trozo de mi carne que puso de muestra y se lo llevo a la boca sin quitarle la mirada a mi padre.

En los altavoces comenzó a sonar *Love On The Brain* de Rihanna, mi canción favorita y Edgar sonriente por acordarse de mí y ver como las personas disfrutaban comiendo de mi carne pasada, mi padre que no soporto la presión de escuchar aquella canción se fue de allí. Llego hasta la casa y comenzó a llorar, no entendía el porqué de mi marcha sin haberle dicho nada pero Dios le dio una señal que no pudo evitar ver, la carta que aquel día el Doctor Peter se dejó en mi casa, aquella carta que era para mi padre. La cogió y la abrió con los ojos llenos de lágrimas, leyó sin ganas, intentando desviar su cabeza de los problemas familiares. Pero aun queriendo no lo logro, aquella carta hablaba de Edgar, fue paciente del Doctor Peter durante su adolescencia, ponía su historial médico que lo describía como un Sociópata peligroso. Mi padre boquiabierto y repleto de dudas y remordimiento por no haber parado mis ansias por mi amor hacia él. No dudo en llamar al Doctor y hablar con él, debía aclarar todo esto.

La noche del sábado acabo y Edgar orgulloso de su trabajo llamo a Roma para que le hiciera compañía pero esta, su fuerte genio le invito a su antigua sala de baile, este sin nada que hacer y con miles de ganas de verle fue ya que deseaba parpar y oler sus piernas. Llama en la puerta de cristal y le deja entrar. Esta tenía un top rojo con piedrecitas del mismo color y una falda larga también roja, tan sexy y sofisticado. Y en su pelo a un lado con un recogido una rosa negra.

— ¿Te gusta? — le pregunta Roma, tímida.

— A mí me gusta todo de ti— dice rozando su dedo índice por la comisura de sus labios.

Se retira de él y pone un disco y deja sonar *El Tango de Roxane* de *Moulin Rouge*. Deja sonar la música y en la distancia le echa una picarona mirada .La madera cruje con cara paso que da Roma con sus tacones balanceando su falda roja. Este se levanta deprisa y llega hasta ella que se encontraba de espaldas. Le sujeta de golpe y fuerte el brazo de Roma y esta sensual se pone mirando hacia él. Sujeta su costado, hace un simulacro de giro, la maneja de lado a lado y le hace hacer un giro completo. Este queda detrás de ella, la cabeza de Roma está echada para atrás quedando apoyada en el pecho de Edgar y este coge la mano de ella y junto con la de él suben hasta arriba de golpe y la saeta.

Esta camina hacia adelante y Edgar va detrás de ella al excitante ritmo del

tango. Caminan para atrás a base de triple giros hacia él y cuando llega a un punto fijo el cuerpo de ella se echa para atrás clavando su firme mirada en la de su amado esposo.

— Te amo pequeña— le dice su boca tan sensual dejando al excitante vello de Roma de punta y esta sonrío perversa de su juego.

**FIN**

*A TODAS ELLAS...*

*A todas esas chicas que ven lo malo como algo excitante, un simple juego.  
Decirles que ellas son un simple y jugoso peón en esta mesa de tan peligroso juego.  
Que han decidido su propio destino.*